

DEL TRINEO A LA POSTMODERNIDAD: DÈNÈ, INUIT Y MÈTIS EN LA SOCIEDAD CANADIENSE ACTUAL¹

Carlos Junquera Rubio²

Secundino Valladares Fernández³

Resumen: Este ensayo pretende poner de manifiesto algunas de las reivindicaciones que han planteado los autóctonos Dènè, Inuit y Metis a la Administración canadiense. Se trata de analizar algunas de las estrategias y procesos mediante los cuales estos grupos autóctonos canadienses han logrado alcanzar la postmodernidad, gozar de una calidad de vida envidiable, contar con todos los medios posibles a su alcance y vivir hoy una realidad que poco tiene que ver con su pasado, incluso el más cercano. La historia reciente que estuvo marcada por el perro, la canoa y el trineo constituyen hoy aspectos del pasado. Todo se ha logrado con una legislación favorable y un cambio de mentalidad en todos.

Abstract: This essay deals with the basic claims posed by the autochthonous groups of Dènè, Inuit and Métis to the Canadian government. To that effect, this paper analyses some of the strategies and prouesses through which these Canadian autochthonous gruoups ere able to become a postmodern society, to enjoy a good quality of life, and to peach a lifestyle for away from their more recent past. The typical markers of their recent history such as the dog, the canoe and the sled have vanished to become shades of the past. A positive legislation and a new mentality among the social actors have been crucial to explain this dramatic change.

Palabras clave: Dènè, Inuit, Métis, Territorios del Noroeste, Sahtu, perros, canoa, trineo, educación, postmodernidad

Key words: Dène, Inuit, Métis, Northwest Territories, Sahtu, dogs, canoe, sled, education, postmodernity

INTRODUCCIÓN

Los Territorios del Noroeste, Yukón y Nunavut representan una extensa área del Norte del Canadá. Este ensayo pretende poner de manifiesto sólo algunos aspectos sociales y culturales recogidos, en julio de 1999, sobre las tres comunidades autóctonas residentes y muy dispersas en una zona de los Territorios del Noroeste que viene a coincidir con una parte notable de las montañas y río Mackenzie, afluentes de éste, lago Mayor de los Esclavos, lago Mayor del Oso, lago del Tambor y otras áreas cercanas; es decir, una demarcación que coincide aproximadamente con la *Región de Sahtu*, región que pretende segregarse autónómicamente de los Territorios del Noroeste, establecer la capitalidad en Norman Wells y llegar a controlar más kilómetros cuadrados de los que ya controlan las autoridades y líderes autóctonos.

Esta parte del Canadá entró muy tarde en contacto directo con Occidente puesto que no será hasta el siglo XIX cuando comiencen a llegar noticias geográficas de estas regiones hostiles y de los escasos habitantes nativos que las poblaban. Esta zona del Estado canadiense se comenzó a explorar y colonizar cuando la parte

meridional fue requiriendo del apoyo de estas comarcas adversas para ampliar los límites territoriales del Norte; es más, actualmente siguen siendo áreas de frontera.

Alexander Mackenzie anotó la presencia de gentes autóctonas de las montañas y río Mackenzie a medida que iba levantando los mapas topográficos y situando los enclaves habitados. Quede claro que la época sólo requería de conocimiento territorial y por donde iban las rutas comerciales tradicionales y si se podrían usar en beneficio de los colonos que debían llegar desde Alberta, Saskatchewan, Ontario y Europa principalmente. La Administración británica carecía de competencias sobre la zona y las necesitaba para instalarse en ella, así como para favorecer el asentamiento de inmigrantes y abrir nuevas rutas al comercio peletero, siempre escaso para poder abastecer la demanda de los consumidores, una vez agotada la fauna en las zonas más meridionales.

A finales del siglo XVIII, que es cuando anda por la región Alexander Mackenzie, ya estaban asentadas varias comunidades autóctonas, desconocidas entonces y de las que hoy se tienen ya algún conocimiento: Dènè, Dogrib, Cree, Inuit y algún Métis. Estos últimos ya estaban más o menos diferenciados, pero carecían entonces de conciencia social porque su origen no estaba totalmente claro y porque no se ajusta ya a que se pueda admitir que son descendientes de un europeo y de una mujer autóctona. Sin negar que esto haya podido ser verdad y que lo siga siendo en muchos casos, hay también otras realidades genéticas. Tradicionalmente, se ha entendido por Métis a un individuo cuyo padre era de sangre francesa y su madre procedía de alguna de las tribus indias. Como conjunto ocupó siempre un status bajo y al servicio de los grupos de presión franceses primero y anglosajones después, especialmente en lo concerniente al comercio de pieles. Actualmente, se entiende por Métis a cualquier individuo que tenga un progenitor (o los dos) no-anglosajón; incluso reciben este calificativo aquellas personas cuyos padres son autóctonos pero de etnia diferente; por ejemplo, los hijos de matrimonios entre Dènè e Inuit.

En un principio se denominaron **corre-selvas** porque todos los veranos iniciaban un largo camino desde Quebec hacia el Noroeste canadiense a la búsqueda de pieles. De ser verdad, y nada indica que pueda dudarse por el momento, fueron los primeros en adentrarse en los Territorios del Noroeste. Procedieron de las regiones de los grandes lagos y con el paso del tiempo se fueron quedando algunos en residencia permanente con la tribu india en la que habían encontrado esposa. Al comienzo eran todos de procedencia francesa y cuando los británicos lograron el control político, administrativo y comercial, siguieron adelante a pesar de las dificultades impuestas por la nueva administración. Actuaron como buenos exploradores y llegaron a ser buenos domésticos de los ingleses que acudieron a ellos cuando los necesitaron. Esto se ve en el año 1798 cuando "*al bajar [...] el señor Mackenzie hasta la desembocadura del río que lleva su nombre no pudo hallar más guía que un tal Beaulieu, natural del país, ni más tripulantes que algunos francocanadienses*" (Duchaussois 1931: 17).

Dos franceses, que pueden incluirse en este grupo social, dieron origen a la Compañía de la Bahía del Hudson. Se trata de Pierre Radisson y Medardo Chonat de Grasseillers, que eran cuñados y juntos recorrieron, entre 1658 y 1660, "*las regiones actualmente llamadas Wisconsin, Iowa, Dakota del Sur, Montana y Manitoba*" (Duchaussois 1931: 18-19). En los dos años siguientes siguieron explorando territorios y cazando al estilo furtivo, como diríamos hoy, porque entre "1661 y 1662 penetraron en la vertiente de la Bahía de Hudson, inspeccionaron la Bahía James y regresaron a Quebec con pieles tan abundantes y tan preciosas que hubieran hecho fortuna de no

habérselas confiscado el gobierno de la colonia, adquiridas como estaban sin previa licencia legal" (Duchaussois 1931: 19). La incautación de sus pieles fue lo que llevó, parece ser, a Radisson a ser traidor a su patria y con apoyo del comisario británico de Boston viajó a Londres y en 1666 expuso a Jacobo II lo que sabía de los actuales territorios de Canadá. Y esto sirvió para que el Príncipe Ruperto, primo del rey, proyectara la creación de una compañía y así, "el 22 de mayo de 1670, sin preguntarse si lo que otorgaba pertenecía al rey de Francia o al de Inglaterra, Jacobo II firmó la escritura que concedía al 'Gobernador (Ruperto) y a la Compañía de Aventureros traficantes en la Bahía de Hudson, la posesión sin límites del suelo, el monopolio de todas las pieles, con derecho exclusivo de pesca y caza en toda la región regada por las corrientes de agua, ríos y afluentes tributarios de la Bahía de Hudson" (Duchaussois 1931: 19).

Los corre-selvas o Métis comenzaron a ser súbditos británicos en virtud del Tratado de Utrecht en 1713 y consecuencia del mismo fue que Francia se retiró indiscutiblemente del Canadá en 1763, pero el elemento humano de origen francés se mantuvo y mantiene aún hoy, aunque estos detalles no son objeto de este ensayo. Actualmente, los mestizos están agrupados en una asociación a la que se pretende dar todo el marchamo de etnia autóctona para poder entrar en el juego político y económico con los mismos derechos que tienen las otras sociedades autóctonas y con los mismos derechos ancestrales ya reconocidos. Esta actitud está ya señalada desde hace años y la Administración canadiense conoce bien las pretensiones y los fines que se pretenden alcanzar cada vez que se plantea una reclamación (INAC 1995: 17-19, 51-54, 129-130).

Fort Good Hope (*Radeli Ko*), Norman Wells (*Le Gohlini*), Fort Norman (*Tulit'a*), Fort Franklin (*Deline*) y Colville Lake (*K'ahbamitue*) son los principales núcleos poblados de la región en que se centra este ensayo. Son los focos dispersos de una gran extensión de terreno en la que se han fijado los autóctonos para plantear una serie de reclamaciones territoriales a la Administración canadiense y que ya se conoce como Sahtu o *bear water* porque así es como se designa al Lago Mayor del Oso. Estas peticiones no se han satisfecho más que parcialmente. A pesar de ello Sahtu, cuenta con áreas en las que autóctonos y metis disponen de control social y político, y aspiran a tener autoridad sobre todas las tierras reclamadas para establecer una autonomía similar en todo a la alcanzada recientemente por Nunavut.

Actualmente, los Dènè, Inuit y Métis cuentan con posibilidades económicas, sociales y políticas con las que nunca pudieron soñar sus antepasados más inmediatos como puedan ser sus propios padres. El cambio está ahí, excede a las reflexiones de un ensayo pero ya nadie duda hoy que una nueva realidad está en el horizonte, la misma que permite gozar de una envidiable calidad de vida. Dicho esto, nos atrevemos a sugerir que los países que cuentan con entramados sociales multiculturales y multiétnicos deberían mirar hacia lo que está haciendo el Estado canadiense a favor de sus autóctonos. Algunos detalles serán puestos de manifiesto en la segunda parte de este trabajo.

No está claro el momento en que las sociedades Dènè e Inuit del Mackenzie y Yukón entraron en contacto con Occidente. Se admite como probable la fecha de 1790 que fue el año en que Alexander Mackenzie anduvo por la zona e indicó la presencia de grupos humanos a los que no fue capaz de diferenciar ni social ni lingüísticamente, si aceptamos la opinión de Osgood (1936). El mismo Alexander Mackenzie, al referirse a los emplazamientos encontrados en el río que hoy lleva su nombre, dice para Fort

Norman que había allí unos 50 individuos a los que denominó como *Indios de las Rocosas* (Mackenzie 1801: 145).

Hasta la actualidad no se ha sabido con certeza de la presencia y composición de los diversos grupos autóctonos, y sólo desde hace como unos diez años han ido aclarándose las cosas y dejando de lado los diferentes equívocos que se fueron formando en el último siglo tanto a nivel racial como social y lingüístico. Lo acontecido en las montañas y río Mackenzie viene a coincidir con otras regiones y otras historias colonizadas por Occidente, más preocupado de comerciar que de pensar en los derechos civiles de los aborígenes. El colonialismo implica, aunque nunca se diga, el expolio de los colonizados, detalle que suele ejecutar sin muchas consideraciones precisamente. El *boom* económico, representado en Norteamérica por la caza incontrolada de especies faunísticas destinadas a la industria peletera puede resultar ilustrativo de cómo se trató al autóctono, cómo se le vejó, humilló y eliminó. El aporte de Jacobs (1973) nos da una idea de ello.

El comercio de pieles, que es aún una de las bases económicas de los Territorios del Noroeste y que motivó su colonización y explotación, no representó el argumento, al menos en un primer momento, para que los europeos hicieran acto de presencia en esta parte de Canadá. Jacques Cartier llegó el 24 de julio de 1534 a la zona de la Bahía de Gaspé (Duchaussois 1931: 12), y unos años más tarde Martin Frobisher lo hizo a las tierras de Baffin y estaba convencido que había alcanzado el Polo Norte que en su opinión se encontraba junto a Asia. Esto ocurría en 1576 (Duchaussois 1931: 12). Eran tiempos en los que aún no se habían desvanecido los criterios de Colón de que navegando hacia el Oeste se llegaba a China. Esto se capta aún cuando el francés La Salle consiguió llegar al Golfo de México en 1682 creyendo que había encontrado "*el mar bermejo de la China*" (Duchaussois 1931: 12). Añadimos, como pura anécdota, que en estos años ya hacía muchos que surcaban por sus aguas los barcos españoles. El hecho de que en el siglo XV fueran los hispanos y portugueses quienes controlaban las rutas marítimas no quitó la ilusión a franceses, británicos y holandeses para seguir buscando una ruta alternativa hacia Occidente y que permitiera el paso a Oriente para competir en el comercio con los reinos de la Península Ibérica.

Siguiendo la tradición europea que había gestado numerosas leyendas en época medieval y que mucha gente asumía como reales, los marineros franceses y británicos del siglo XVI describían cosas fantásticas que ocurrían, según ellos, en la parte Este del actual Canadá que era lo que se conocía entonces y de modo muy superficial. Hay que reconocer que cuando se asumen discursos fantasmagóricos, siempre aparecen voluntarios dispuestos a conocerlos y su fracaso es lo que permite después iniciar un camino hacia la verdad.

Lo que designamos hoy como regiones árticas y subárticas han representado siempre lugares atractivos para los habitantes de zonas templadas. Estos han visto siempre como un desafío el disponer de medios para residir en lugares hostiles por su geografía, clima, fauna y flora. Posiblemente, estos ingredientes negativos son los que han impulsado a su conquista y colonización en cuando se contó con medios que permitían asegurar la supervivencia, pues aclimatarse a temperaturas de -40°C no es algo que puedan soportar todos durante unos cuantos meses al año.

Se admite hoy que los vikingos fueron los primeros europeos que llegaron a las tierras nororientales del actual Canadá y que las denominaron Vinland, lo que según

parece designa a una extensa región de tierras con límites muy imprecisos (Birket-Smith 1980: 26). Estas novedades, de haber sido conocidas en las partes meridionales de Europa, no hubieran impactado la opinión de las gentes porque en aquellos momentos los nórdicos estaban mal vistos en el Sur por causa de sus correrías y pillaje. Es muy probable que cualquier hallazgo se hubiera rechazado precisamente por venir de donde venía. Poco después, portugueses, gallegos, vascos, cántabros, asturianos, bretones y otros pescadores comenzaron a llegar a las zonas de Terranova para la pesca del bacalao principalmente, pero a ninguno se le ocurrió pensar que estaban en el continente americano. Algunos documentos y el estudio de éstos van permitiendo rehacer la etnohistoria de esta parte del mundo (Bélanger 1980; Delâge 1985).

El noroeste de la América septentrional, lo que hoy denominamos Alaska, Columbia Británica, Yukón y Territorios del Noroeste, por ejemplo, tardarán aún mucho más en entrar en contacto con el Viejo Continente; pero estas tierras ya disponían de muchas relaciones culturales con Japón, China y Korea, así como con la actual Siberia, por razones obvias de vecindad geográfica y porque el Estrecho de Bering sirvió de camino natural para comunicar Asia con América y a la inversa. Lo que hoy parece normal no lo era en el siglo XV por ejemplo. Estamos aún lejos de conocer con certeza todos los movimientos humanos dados hacia un lado u otro, pero nadie duda ya de que se dieron y con más frecuencia de lo que se ha pensado. Pasamos seguidamente a centrarnos en el contenido del título de este ensayo.

1. LA EPOCA DE LOS PERROS, LA CANOA Y EL TRINEO

Una de las imágenes que tenemos de los autóctonos de las zonas polares y circumpolares es la que ofrecen conduciendo trineos tirados por perros. Es una representación más que superada en la actual vida cotidiana pero ha sido el medio de transporte más usado durante los largos inviernos y por siglos; es más, los canes se immortalizaron por centurias como unos auxiliares excepcionales para el transporte y en el verano no tiraban del deslizador pero sí se les colocaba una albarda y llevaban dentro ciertas mercancías. El medio geográfico impuso limitaciones y los humanos no tuvieron más remedio que usar de su inteligencia para hacer frente a sus desafíos.

El paisaje de tundra es raquíptico pero muy tupido. No resulta fácil caminar entre las coníferas sustentadas por un suelo de **permafrost continuo**. Los senderos no son buenos en verano, razón por la que ha habido necesidad de buscar vados y atajos constantemente en el caso de que hubiera necesidad de moverse. Cuando el medio ofrece pocos recursos no hay más remedio que ir a buscarlos allí donde se encuentran, y esto es lo que apremia a moverse de modo estacional o semiestacional. Y cuando hay que desplazarse, hay que contar también con el transporte de pertrechos, aunque estos sean escasos. Estas razones, entre otras, impulsaron a usar de los perros como auxiliares de caza pero antes como animales de tiro. Las pequeñas alforjas iban atadas al vientre y al pescuezo de cada una de ellos y parece ser, porque esta apariencia ya es del pasado, que los chuchos caminaban bien en llano y cuesta arriba, pero hacia abajo se les venía el cargamento encima y los dueños se veían impulsados a ayudarles una y otra vez, lo que retrasaba la marcha y obligaba a replantearse constantemente el establecimiento de campamentos al menos temporales. El trineo es para el invierno y no es exclusivo del Artico sino de bastante más al Sur, en las regiones circumpolares.

El cambio social y cultural es una realidad que no se puede poner en duda y menos hoy, pero aún hay algo que no ha cambiado en las regiones polares o lo ha hecho muy poco, me refiero al clima. El invierno en estas latitudes no se circunscribe a tres meses de calendario sino que comienza en octubre con la congelación de la superficie de las aguas en ríos y lagos y dura hasta finales de abril. La primavera puede ajustarse muy bien con el mes de mayo que es cuando empieza a derretirse el hielo y a junio en que el deshielo es ya una realidad. El verano se corresponde con julio y agosto, y el otoño con septiembre y los primeros días de octubre. Estos y otros datos pertinentes pueden verse más ampliados en Duchaussois (1931: 55). Para que podamos hacernos una idea, el río Mackenzie, a su paso por Norman Wells, se congela hasta tres metros de profundidad, con un cauce de unos 6 km. de anchura y con algunos islotes artificiales en el medio en los que hay maquinaria para extraer petróleo del subsuelo, según nos contaba, julio de 1999, Frank Pope, alcalde de la ciudad. En el mismo sentido, se manifestaron los marineros fluviales canadienses y los agentes y oficiales de la Real Policía Montada (destacados en la zona y casi todos de Toronto que es el núcleo anglosajón más notable que ha abastecido humanamente a los Territorios del Noroeste).

Este medio geográfico no es precisamente cómodo para moverse en él; es ante todo hostil porque sus temperaturas normales en invierno están rozando los 40° C bajo cero, y en ocasiones más bajas aún. Esto ofrece un suelo de **permafrost perpetuo, ininterrumpido y profundo**, como ya está indicado, porque no es capaz de descongelarse en el escaso tiempo que dura el estío. La región de Sahtu es, ante todo, un área de tundra y taiga, con abundancia de abetos negros (*Epicea mariana*), con sotobosque muy denso y con unas coníferas enclenques en altura y grosor, unos 3 metros de altura como mucho, y una de unos 10 cm. en la parte más amplia del tronco. Este paisaje dificulta la marcha en cualquier época del año por la considerable cantidad de plantas, pero mucho más en el corto verano, porque el invierno cuenta con más caminos como se explicará más adelante y aunque pueda sonar extraño a oídos meridionales.

Los perros han sido (y aún lo son, en cierto sentido) los mejores auxiliares de los autóctonos del área del Mackenzie y de latitudes mucho más altas y más bajas, pues como animales de tiro se sabe que actuaron mucho más al sur de la América Septentrional (Damas 1989: 71-100) y que fueron sustituidos por el caballo allí donde fue posible, especialmente en las praderas y llanuras de Norteamérica y la zona sur del Canadá. Porque no sólo resultaron útiles para mover la carga sino que se utilizaron para cazar, lo que en principio resultó novedoso y rentable (Ewers 1989: 255-310). Estos animales han sido imprescindibles en cualquier época del año, especialmente en el largo invierno cuando se usaron para tirar del trineo y en verano para transportar ciertos utensilios ligeros. Entra dentro de lo posible que su empleo se estructurara culturalmente en un abanico de posibilidades mucho más amplias que las aquí tratadas, porque la hostilidad del medio y la carencia de recursos en el paisaje obligaron a un nomadismo y en ocasiones a un seminomadismo. Las sociedades que practican estas modalidades lo hacen acuciadas por la carestía de bienes para hacer frente a la subsistencia; y por esta causa se mueven constantemente hasta que encuentran un sitio en el que puedan acampar aunque sea de modo estacional o semiestacional, parándose más tiempo en aquellos lugares que ofrecen más ventajas para vivir, aunque sea temporalmente (Gordon 1996).

Los perros empleados en el transporte de algunas mercancías livianas llevaban (hoy son escasos los que tienen que hacerlo salvo por ocio y deporte del dueño) una

especie de albarda con dos bolsillos en los que se introducía el útil a transportar. Marchando en llano o cuesta arriba la cosa funcionaba bien, pero cuando el sendero a seguir descendía bruscamente la carga se deslizaba hacia delante resultando especialmente molesta, tanto para el animal que podía lastimarse como para el dueño que debía atenderlo urgentemente. No obstante, en la época de estío en que las horas de luz solar son muchas, llegando incluso a las 24 horas diurnas, la caza representó no sólo un abastecimiento de carne sino también de pieles que tradicionalmente, y antes de que se impusiera el comercio de las mismas por parte de los europeos, se empleaban para vestido, calzado y para canoas que descendían el curso de los ríos, o se movían en medio de los bloques de hielo en el mes de junio cuando ya el deshielo tocaba a su fin y era factible ejecutar esta posibilidad porque escasas fechas antes hubiera resultado imposible por la magnitud de la masa de agua helada (Nooter 1980: 37-42).

La caza primero y el descuartizamiento después obligaron siempre a una parada de tiempo imprecisa en consonancia con el tamaño de la pieza abatida y del número de comensales que dependían de la misma. En función de lo dicho, estaba la cantidad de alimento a consumir y el preparado de la piel de la que también dependía para más de una necesidad: vestido (pantalones, parkas, guantes y otros), elaboración de canoas mediante el forrado de las maderas dispuestas consiguiendo así un medio de transporte fluvial eficaz y comerciable. Una vez que se tenía lista la carne, se cocinaba en una hoguera preparada para este fin, practicando los rituales pertinentes como suele acontecer en las sociedades pre-estatales sin los que nada es correcto ni cultural ni socialmente. Estas manifestaciones forzaron a una residencia prolongada y ocasional y la arqueología se ha encargado de evidenciar que un mismo campamento se ocupaba año tras año (Gordon 1996; 1998-1999: 93-108).

Tradicionalmente, los perros transportaban un cargamento que podía oscilar entre 10 y 15 kgs. por cabeza. Hay que tener en cuenta que una piel de alce o de caribú, por ejemplo, supera con creces ese peso, por lo que el grupo social se encargaba de distribuir y redistribuir durante el camino qué cosas se le ponían a la espalda y los costados para que no se dañaran. Los animales caminaban siempre libres, pero cuando debían atravesar un paisaje de coníferas lo que se hacía era que hombres y canes se intercalaban de tal modo que los primeros iban separando los árboles para que los segundos pudieran pasar con más facilidad; de este modo, nadie se lastimaba. Si la marcha se realizaba por las montañas, entonces las cosas resultaban más fáciles porque se encuentran peladas y lo que hay que evitar son los riscos y los salientes que pueden lastimar y malograr los bienes transportados.

Una cosa que parece obvia es que todo caminar exige un consumo de agua. Esto no es ningún problema porque la hay en abundancia y de excelente calidad. Parece ser que en el pasado los Dènè e Inuit debieron proveerse de recipientes para el transporte de líquido, especialmente en invierno más que en verano y el ejemplo fue seguido por los Métis (Little Bear 1998: 15-20). Esto es fácil de entender, por otra parte, porque en esa época las temperaturas son muy bajas y todo está congelado; mientras, en el estío, siempre quedan pequeñas lagunas o depósitos que surgen del deshielo y que permiten beber y evitar el complicarse la existencia. También hay manantiales y por supuesto ríos que han servido para cumplir con este requisito.

En lo que se refiere a la canoa ancestral, hay que tener en cuenta ciertos detalles. En primer lugar, es un medio de movilidad y de transporte que sirvió para surcar las aguas en tiempos de verano, que es cuando se puede navegar por lo que hay que pensar en la temporalidad y estacionalidad de su empleo. También ha sido un

auxiliar para poder pescar en los lugares en que no se podía hacer de otro modo. La pesca, aunque pudiera pensarse otra cosa, no es una actividad económica importante en la vida de los Dènè, Inuit y Métis. En los territorios del noroeste se ha practicado tradicionalmente en otoño. Se ejerce también en julio-agosto pero más por ocio y turismo porque son extraños los que acuden a esta parte del Canadá a practicar el arte de la caña, aspecto que es novedoso para los autóctonos y rentable porque hoy son los que explotan los recursos ictícolas durante el estío cuando el turismo foráneo solicita el permiso de residencia temporal a la comunidad Dènè, Inuit, Dogrib, etc. (DENE NATION 1984: 90-91).

Desde el punto de vista cultural, la piragua está más relacionada con la caza que con la pesca como se verá a continuación. En efecto, la embarcación esta elaborada principalmente de dos materias primas: madera y pieles procedentes de las piezas abatidas; y este segundo aspecto es lo que hace primar el hostigamiento de los animales que suministran carne y pieles. La fauna de los Territorios del Noroeste es muy variada pero estas son las especies más importantes en la economía familiar y social de la región de Sahtu: el alce (*Alces alces*), el caribú o reno americano (*Rangifer tarandus*), el musmón (*Ovis dalli*), el oso americano (*Ursus americanus*), el oso feo o peligroso (*Ursus horribilis*), la marmota (*Marmota caligata*), la liebre (*Lepus americanus*) y otros. Todos ellos han representado el sustento de numerosas generaciones durante siglos y la posibilidad de abastecerse de pieles para abrigo y para hacer naves rudimentarias, aunque en ocasiones de dimensiones notables (NTC 1999: 20).

El equipo de caza es rudimentario. Consiste en un arma de fuego (el arco es ya para la historia) que puede ser un rifle o una carabina. La Administración canadiense proveyó de municiones durante mucho tiempo cuando todo se pensaba con criterio paternalista. Las armas de fuego son conocidas desde hace mucho tiempo pero la adquisición no puede alargarse más allá de 50 años, salvo raras excepciones. Como elementos adicionales y casi imprescindibles se llevan mocasines de recambio, pipa, tabaco, té y tetera, cuchillos, hachas, impermeables y viseras. La actividad suele ser individual aunque los diferentes cazadores compartan un campamento base. El desayuno sirve para que todos se pongan de acuerdo e indiquen la zona por la que van a estar con el fin de que nadie se estorbe; y ya en la tarde, se vuelven a agrupar todos para narrar la anécdota correspondiente, comentar cómo les ha ido el día y reponer fuerzas que también es importante.

La estrategia se plantea con simplicidad. En las montañas, ríos y valles del Mackenzie resulta prácticamente imposible el acecho, por lo que se impone el orientarse hacia la presa; y esta, que puede darse cuenta de que es perseguida, puede también acelerar la marcha. Estos detalles no pueden fijarse como definitivos, pues la operación requiere muchas innovaciones culturales sobre la marcha. Un perseguidor de esta o aquella presa suele conocer sus costumbres, cómo se mueve en el medio, de donde viene el viento, cómo ganar una cota de terreno para poder rastrear mejor, etc. Estos detalles que parecen obvios resulta que no lo son muchas veces si no se tienen en cuenta ciertos criterios. Así, por ejemplo, el alce, que es un animal terrestre, en tiempo de verano y ante la falta de alimentos, tiene que sumergirse bajo el agua en ocasiones para nutrirse de la vegetación acuática. Esta necesidad le obliga a hundirse como unos 5 metros porque su porte requiere el consumo de unos 20 kgs. de forraje si es adulto. Estos y otros detalles pueden verse en la obra titulada **Sahtu. A Naturalist's Guide of the Mackenzie Valley** (NTC 1999: 16-17). Un profesional sabe que la modificación del medio ambiente, y en esta parte

del Canadá también ha incidido el extractivismo lucrativo, obliga a cambiar de conducta hasta a los animales que deben adaptarse también a las nuevas realidades. Quiero decir que en función de las circunstancias, por ejemplo, una pieza puede ser abatida a 25 metros o a 200.

Después de cumplir con la tarea y tener al reno, al oso o al musmón, por ejemplo, lo primero que suelen hacer tanto Dènè, como Inuit y Metis es encender una hoguera que cumple varias finalidades: 1) avisar a la propia familia de que ya hubo suerte y que espera a que lleguen siguiendo la señal del humo para ayudarle en el descuartizamiento, 2) protegerse de los mosquitos que en julio-agosto abundan tanto y más que en las selvas tropicales, 3) preparar un té, detalle que debió ser un ritual importante en el pasado y hoy lo es menos. El cercenamiento del animal no obliga a mayores requisitos y el empleo del tiempo está en función del tamaño. La piel siempre se ha extendido en el suelo y en sitio que permita lastimarla poco en vistas a su uso posterior. Las entrañas se cortan con cuidado y se ponen a parte porque su elaboración como alimento es producto y herencia de viejos rituales, como muy bien han puesto en evidencia ciertos estudiosos que han visto en ello restos de totemismo (Thompson 1994: IX-XII).

El cuero se puede quedar temporalmente en el lugar en que se ha efectuado su separación pero se protege para evitar que las alimañas puedan ponerla en peligro. Se hace así porque más tarde se comercializará o se usará para forrar la canoa. Las mujeres tienen aquí un papel importante ya que han cocinado la carne, salvo las vísceras, que es tarea masculina por los criterios ya indicados. La limpieza de las pieles ha sido una tarea femenina y son ellas quienes las raspan, lavan, enjabonan, aclaran y secan. El estiramiento se hizo durante mucho tiempo ensalivando y masticando y esta es una de las razones por las mujeres se consideraron siempre socialmente bajas y sucias, aunque hoy se tenga otro concepto debido a la evolución cultural (Thompson 1994: 106-120). Igualmente, si el uso al que se destinan lo requiere, se ahuman también. Y todas estas actividades se han realizado como una parte notable del tiempo y del ocio propios de los campamentos. La arqueología así lo está evidenciando de continuo según van avanzando los trabajos y el cotejo de los materiales de una campaña con otra (Gordon 1998-1999: 93-108).

La canoa tradicional era de madera y piel. Las dimensiones estaban en consonancia con el número de personas que debían usarla, con la cantidad de mercancías y con el número de perros acompañantes. Se usó en aquellas superficies acuáticas que eran considerables y cuantiosas. La construcción precisó siempre de un **astillero** rudimentario y primitivo, y en él se iba dando forma a las maderas para que aflorara lo que podríamos considerar como casco, aunque sabemos que esto no es más que una analogía. Una vez que se tenía el armazón, se recubría con las pieles destinadas a este fin, se cosían y se ataban de modo que quedaran bien ajustadas. Cuando se terminaba, tenía la forma de una ballenera, lo que ha llevado sugerir un caso de transculturación para las canoas elaboradas en la región del Mackenzie tal como fue apuntado hace años por Jennes (1952: 327-329). El apunte puede considerarse válido, habida cuenta de que el río es uno de los ejes naturales y tradicionales de comunicación entre el mar de Beaufort y el Lago Mayor de los Esclavos. La piragua tenía que ser resistente porque la corriente fluvial del Mackenzie discurre en ocasiones por rápidos (*Ramparts*) como los cercanos a Fort Good Hope; las embarcaciones modernas y equipadas con motores potentes pasan dificultades cuando los tienen que surcar en uno u otro sentido.

El trineo es el tercer elemento tradicional a considerar aquí. En tiempos pretéritos se fabricaron artesanalmente y luego se llegaron a comprar manufacturados en alguno de los puntos controlados por la *Hudson Bay Company*. Hoy es pieza de museo y de deporte de competición, en definitiva, un vestigio del pasado. Actualmente, cualquier autóctono canadiense cuenta con medios tecnológicos sofisticados y tiene recursos económicos para adquirir cualquier bien que se encuentre en el mercado como demuestra la profusión de moto-trineos o moto-deslizadores modernos en cualquier sitio y aparcados en verano que es cuando funcionan los todoterrenos, que también son parte de la cultura autóctona actual.

Ofrecemos a continuación dos textos que describen a los foráneos cómo se contruye un trineo. El primero se debe a Duchaussois quien basa su aporte en comunicaciones de Monseñor Grouard y dice así: "*Coged tres tablillas de abedul, de tres pulgadas y media de ancho por diez pies de largo; juntadlas con listones transversales sólidamente sujetos con delgadas correas, y dobladlas hacia arriba en la parte delantera a modo de voluta en alto con fuertes ataduras.*

Ras con ras del suelo y de ambos lados, están dos argollas de cuero a las que se enganchan los tiros de los perros. Estos últimos llevan arreos acomodados a su talla; una collera redonda apoyada en el morrillo y suficientemente grande para dejar pasar la cabeza; dos largas y fuertes tiras de cuero parten del susodicho collar para unirse al arreo siguiente: los tiros que atraviesan los costados de los perros sostenidos a dicha altura por cortas sufras de flexible piel. Esta es la parte del arnés que a más adornos se presta; por eso casi siempre aparecen allí jaeces cargados de cascabeles. Las colleras llevan a veces esquilillas y encintados penachos. En una palabra, tanto cuidado se pone en enjaezar los perros cuanto en otras partes los caballos. Los perros se colocan de reata y no de frente. El guión no necesita bridas que, por otra parte, entorpecerían horriblemente la marcha de los pobres animalejos. Enséñaselos a obedecer a las voces de ¡alto!, ¡jarre!, ¡derecha!, ¡izquierda!. A menudo, empero, hay que recurrir a la tralla, pues milagro sería que los perros se mostrasen lo dóciles y valientes que sus dueños exigen. Veamos ahora cómo se arma un convoy en este país. Se colocan los perros, con sus guarniciones, en hilera, y átanse los últimos tiros a los enganches del trineo, que descansa de plano sobre la nieve y se desliza sobre toda su base. Se le confían cargas más o menos pesadas, enrolladas en pieles o tela sujetas con varias vueltas de fuertes correas. El peso ordinario del cargamento es de 400 libras (200 kilos), para cuatro perros, ahora que importa contar con el estado de los caminos..." (Duchaussois 1931: 57-58).

El segundo modelo descriptivo se debe a Asen Balikci quien ofrece algunos datos a la hora de estudiar a los Inuit conocidos como Netsilik, y cuyo modelo es extrapolable a sus parientes del noroeste canadiense y dice así: "*cuando el otoño estaba a punto de terminar comenzaban a preparar los trineos para las migraciones invernales. Los trineos de madera eran raros a causa de la escasez de este material. Por esta razón los netsilik solían emplear sus mismas tiendas para hacerlos. Cortaban los toldos de las tiendas por la mitad, los enrollaban, e introducían cada mitad en las aguas del río. Cuando estaban bien empapados y blandos, los extendían completamente y untaban una de sus caras con pez. Las dos mitades se enrollaban de nuevo muy estrechamente, con la pez por dentro, y se ataban fuertemente con tiras de piel de foca. Luego se dejaban al aire libre para que se congelaran y, después de ser aplanadas con las puntas vueltas hacia arriba, formaban los dos patines del trineo. Para hacer las traviesas los netsilik utilizaban los cuernos del carbú, fijándolos fuertemente mediante correas de piel de foca. Los patines se recubrían y protegían*

con una pasta de musgo, nieve y agua, que se dejaban helar de nuevo antes de ser cepillada con un cuchillo o con un formón; finalmente se alisaba con hielo. Los patines de trineo quedaban así lisos y facilitaban el deslizamiento" (Balikci 1982: 46-47).

La importancia de este útil de transporte radica en que ha sido uno de los elementos de cultura material por el que se podía definir en gran parte a los autóctonos del Noroeste canadiense.

2. DEL PASADO A LA MODERNIDAD: LA TRANSICIÓN

La opinión pública canadiense comenzó a cambiar respecto de los autóctonos asentados en el territorio nacional. Esto comenzó a suceder a partir de 1960; igualmente se modificaron las razones que aduciría cada una de las partes para decidir su propio futuro. No se consideran en este estudio los acontecimientos ocurridos a partir de 1867 cuando se promulga el Acta Británica Norteamericana, ni los de 1876 en que se aprueba la primera Acta Indígena ni tantos otros documentos que afectan a las sociedades nativas. La legislación anterior a 1960 es interesante para el conocimiento histórico, pero su magnitud excede con mucho las posibilidades de este ensayo.

Desde hace 30 años, los indígenas de Canadá se han visto involucrados en sucesos novedosos: 1º) los líderes educados en centros estatales comenzaron a organizarse y a rechazar el paternalismo gubernamental; 2º) la mayoría blanca cambió de actitud y adquirió conciencia de que había estado oprimiendo a las minorías durante siglos; 3º) la sociedad canadiense buscó formas para eliminar la pobreza y desigualdad en que se encontraban los nativos porque era una incongruencia que tal asunto ocurriera en uno de los países más desarrollados y ricos de la tierra que en estos momentos, según el PNUD, ocupa el primer puesto en el *ranking mundial* (PNUD 1999). Se puede sugerir que en los últimos años *indígenas con status*, *indígenas sin status*, *dène*, *inuit* y *metis* han logrado mejoras sustanciales en la calidad de vida aunque aún no estén al mismo nivel que los descendientes de anglosajones y franceses.

Hay datos que permiten avalar este bienestar. En 1945 los nativos eran pocos ya que apenas llegaban a 120.000 individuos, mientras que para 1980 eran más de 300.000 (INAC 1995: 13). Si nos fijamos en datos educativos para el mismo periodo, vemos que de unos 17.000 alumnos de primaria se pasa a 80.000 y se consiguen cerca de 3.000 universitarios que representan una cifra más que notable en esos años. Igualmente, en ese tiempo, el gasto pasó de 7 a 850 millones de dólares canadienses (Henderson 1981: 27-31).

Interesa resaltar que la década de los 60 es clave porque en estos años se quiebra la Administración indígena y los canadienses reaccionan ante la magnitud del problema que representa la *población autóctona*. La burocracia gubernamental involucrada en el Gobierno de Asuntos Indígenas y el Acta Indígena fueron criticados por ser considerados vergonzosos y discriminatorios.

El cambio de la opinión pública significó una revisión crítica de la historia y a favor de las perspectivas de los indígenas. Una investigación titulada ***Survey of the Contemporary Indians of Canada***, más conocida como ***Hawthorn Report***, apareció en 1966 y en ella se condena la actitud paternalista de la Administración Federal y la

mucha pobreza de que "*siempre habían gozado los indígenas*" (INAC 1995: 113). El informe sugería que debía acontecer un cambio radical, pues el **indio** ya no debía "nacer, vivir y morir en una reserva". Este criterio representaba una crítica que cuestionaba la exclusión histórica de los autóctonos de la economía canadiense, pues se había preferido introducirlos en un trabajo asalariado durante muchos años en lugar de desarrollarlos. La consecuencia inmediata del **Hawthorn Report** fue cuestionar el **Acta Indígena** y cuanto había significado. Adelantamos que los críticas presentadas en su día por fray Bartolomé de las Casas contra los agentes destacados en la América colonizada por España han sido un referente a tener en cuenta, y que se sigue teniendo ahora mismo, para replantear las acciones a favor de los naturales del Canadá. Igualmente, en la documentación oficial y oficiosa que se maneja en todo tipo de negociación entre el Estado Federal canadiense y las diferentes comunidades autóctonas, se nota que el espíritu de las leyes surgidas de las discusiones habidas en Valladolid en torno al año 1550 tienen una incidencia más que notable (Turner 1998: 53-68).

2. 1.- DETALLES POSITIVOS Y NEGATIVOS QUE DEBEN TENERSE EN CUENTA

En Canadá se asegura que el territorio nacional se adquirió por descubrimiento y colonización. En esta línea, los posibles derechos aducidos por los autóctonos carecen de fundamento legal (Bartlett 1984) porque los terrenos no estaban ocupados (Lester 1981); no obstante, el **aboriginal title** está presente en las secciones 25, 35 y 37 de la Constitución Canadiense y se reconoce por el Gobierno Federal y por las diversas agrupaciones nativas.

En la primavera de 1968, fue elegido Pierre E. Trudeau como Primer Ministro que impulsó la modernización mediante una "democracia participante". Nombró a Robert Andras como Ministro Especial para que junto con Jean Chrétien (Ministro de Asuntos Indígenas) delinease "la política indígena" en consenso con los nativos. Entre julio de 1968 y abril de 1969, la actividad fue intensa pues se elaboró y envió a todos los hogares un cuestionario titulado **Choosing a Path** en el que se incluían preguntas sobre el Acta Indígena y otras que facilitarían el cambio en un futuro inmediato.

Aunque los indígenas no expusieron con claridad sus demandas, los funcionarios gubernamentales tenían claro en aquellos momentos que debían encontrar un método de acción para apoyar la integración indígena en la sociedad canadiense. Las intenciones fueron buenas pero muchas solicitudes quedaron también en el olvido; no obstante, se logró redactar el **White Paper** que apareció en junio de 1969 y en el que se solicitaba lo siguiente: 1º) un cambio en las relaciones indígenas/gobierno rechazando las que se habían dado desde que Canadá era Estado; 2º) revocación del Acta Indígena y 3º) traspaso del control territorial de las reservas a las comunidades nativas que lo solicitaran. Se cumplió poco porque el gobierno canadiense pensó que estaba actuando con mucha ingenuidad y los indígenas creyeron que los políticos les ofrecían lo que nunca habían solicitado. El fallo estuvo en obviar algo que sugería el **Hawthorn Report**: la concesión a los indígenas de unos derechos especiales de ciudadanía que se conocerían con el calificativo de *citizen plus*. La consecuencia fue que el contenido del **White Paper** no se impuso a los indígenas pero se **publicó** y este detalle permitió su lectura, difusión y llegar a ser motivo de discusión en los foros involucrados a favor o en contra.

Admitida la equivocación se impuso la rectificación. La sociedad canadiense

tenía claro que deseaba hacer **algo** en favor de sus nativos. A raíz de 1970, se busca un modelo que sea capaz de erradicar los infortunios que habían padecido durante siglos. Los *agentes indígenas*, representantes del control paternalista, fueron retirados de las reservas indígenas y el Gobierno fomentó la creación de organizaciones políticas nativas que aún siguen en vigor a pesar de que sus líderes son críticos radicales con quien sufraga sus gastos.

El **White Paper** incrementó la actividad política y diversas opciones de autonomía, que no nacionalismos radicales. Lo que en 1927 fue sólo **el reclamo** de una minoría en la Columbia Británica, se convirtió para 1970 en la postura de casi todos los indígenas canadienses, cuyo objetivo era alcanzar la ciudadanía de pleno derecho. Desde 1973, se puede asegurar que se ha incrementado el cambio histórico de la opinión pública y se ha fomentado una nueva conciencia política de los aborígenes. El gobierno canadiense creó una *Oficina de Peticiones Autóctonas* en 1974 dentro del Departamento de Asuntos Indígenas cuyo cometido era recibir y negociar cuantas solicitudes se presentaran. En la década de los 70, se proporciona dinero a varias organizaciones nativas y para la primavera de 1983 se habían otorgado subvenciones a más de 50 sociedades con la finalidad de que tuvieran medios para examinarse y presentar después la correspondiente petición.

Cuando se presenta una demanda, se analiza para determinar los acontecimientos históricos, geográficos y el grado de responsabilidad federal; en algunas ocasiones se han tenido en cuenta criterios acuñados en la antropología cultural. Igualmente, ciertos grupos han hecho peticiones globales como medio de alcanzar un cierto poder político.

2. 2.- DEMANDAS Y MODO DE TRAMITARLAS

Con anterioridad a la creación del *Indian Claims Commissioner* (1969) y de la *Office of Native Claims* (1974), las peticiones de los indígenas eran tramitadas en su casi totalidad por el *Department of Indian Affairs and Northern Development* (DIAND) y por el *Department of Justice* (DJ). Entre 1940 y 1960, los nativos sintieron desconfianza de los funcionarios porque no se tramitaban los documentos como deseaban para lograr sus objetivos; por esta causa, una de las recomendaciones del **White Paper** era que debía nombrarse un Comisionado para atender todo tipo de reclamación. Lloyd Barber se convirtió en el primer y único Comisionado y ocupó el cargo entre 1969 y 1977, año en que la oficina fue cerrada. El fracaso de este cargo estuvo asegurado desde un principio, pues su misión era recibir y estudiar las peticiones, pero carecía de autoridad para decidir judicialmente y desde su posición lo único que podía hacer era **aconsejar**. En 1974, el Gobierno Federal creó la *Office of Native Claims* dentro del *Department of Indian Affairs and Northern Development*.

Las reclamaciones que presentan los nativos canadienses suelen ser de dos tipos: 1º) en la parte norte se desea un reconocimiento legal y formal de los títulos sobre tierras y cuanto de esto se deriva; 2) en la parte el sur se buscan más derechos específicos: caza y pesca. Quede claro que casi el 40% del territorio nacional es reivindicado por los nativos en la parte septentrional.

El Gobierno canadiense ha establecido diversas políticas para atender cualquiera de los dos tipos desolicitudes. La orientada a peticiones específicas se planteó por primera vez en 1981 cuando la Administración afirmó que estaba

dispuesta a "*negociar derechos originales por derechos concretos y benéficos*" (DIAND 1981: 19). Algunos estaban vinculados con la tierra, la flora y la fauna.

Después de presentar una demanda, la *Office of Native Claims* estudia el caso. La aceptación o el rechazo se puede plantear así: 1) negociar un acuerdo con los demandantes, 2) rechazar la petición, 3) devolver la documentación por incompleta y solicitar otra complementaria. En los casos en que se llega a un acuerdo, se exige una declaración formal del demandante para impedir que el caso pueda reabrirse en el futuro. De suyo esta postura estaba en la línea de que los beneficios de la negociación debía "*permitir que los indígenas vivan como desean*" (DIAND 1981: 7).

Existe un momento en que se acepta la validez de una petición. El Gobierno Federal es quien determina si una reclamación es buena en cuanto la admite a consideración y esto puede implicar incluso un coste económico. El hecho de que muchas veces se camine con lentitud está determinado por los problemas o soluciones que se establezcan entre los siguientes puntos: 1) concesiones de tierra a los indígenas; 2) pago financiero por la concesión; 3) creación de estructuras corporativas para negociar cuanto tenga relación con la tierra, el dinero y el medio ambiente y 4) abolición de derechos originales de los nativos. Hay que tener presente que en todo acuerdo no siempre se puede obviar la confrontación; es más, diría que es permanente entre gobierno y aborígenes.

2. 3.- LA SITUACION EN LOS TERRITORIOS DEL NOROESTE

Una sociedad que constituye una minoría no puede plantear solicitudes que excedan cierto grado en su ascenso para lograr control sobre una extensa área territorial. Los nativos del río Mackenzie desearon una representatividad política en cuanto vieron que la ocasión era propicia, pero los grupos humanos eran muy pequeños y acordaron que aliándose podrían ser más numerosos que los blancos. En este valle, Dène, Inuit, y Métis superan demográficamente a la población blanca pero sin alcanzar las cotas del Artico Oriental donde el 80% son Inuit (INAC 1995: 13-17). En el Mackenzie se plantearon las peticiones radicales a partir de la promulgación del **White Paper**.

Los acontecimientos históricos y sociales requieren estudio para ofrecer una explicación adecuada. La primera visita de Carlos Junquera al río Mackenzie aconteció en la primavera de 1978 (Junquera 1992: 35-38). El objetivo era observar en directo la vida cotidiana de los habitantes de dos núcleos pequeños pero los más importantes en muchos kilómetros cuadrados: Fort Norman (*Tulit'a*) y Fort Flanklin (*Deline*). Las cosas han cambiado bastante desde entonces.

Acogiéndose a la nueva política emanada del *White Paper*, hay que reconocer que las peticiones indígenas no han sido un problema con solución fácil. Las negociaciones entre la Administración canadiense y los nativos comenzaron en firme hacia 1973 en el Yukón y en 1978 se firmó un acuerdo con el Comité para Títulos de los Pueblos Indígenas que representaba a más de 2.000 Inuit del Artico occidental, zona vinculada a la demarcación de los Territorios del Noroeste. Dos años más tarde (1980), las dificultades estuvieron a la vista.

Indudablemente, llegar a 1983 es reconocer las incidencias de una larga historia. El hecho de que para estas fechas estuvieran agrupados cerca de 14.000 individuos

de muy diversa procedencia no representaba ninguna novedad. Algunos de ellos eran descendientes de minorías que habían firmado acuerdos con el Gobierno Federal en 1899 y 1921 traspasando los derechos que tenían sobre sus tierras. Este fracaso se ha convertido en una de las reclamaciones de los autóctonos de 1980 alegando que sus antepasados firmaron algo que nunca habían entendido bien aunque les afectaba negativamente porque se les "expoleaba legalmente de lo que les pertenecía".

En torno a 1980, los Dènè diseñaron sus solicitudes vinculando la tierra con la autodeterminación total. El gobierno canadiense rechazó la idea de estructuras políticas fundamentadas en la raza pero no ignoró la necesidad de fortalecer la autonomía indígena; lo que se hizo fue separar las reivindicaciones sobre las tierras de las reivindicaciones políticas. Los líderes Dènè rechazaron en principio las propuestas gubernamentales pero terminaron por admitir la discusión de sus dos pretensiones por separado. Quede claro que cedieron porque contaban con asesoramiento blanco y porque el consejo resultó muy rentable como se indicará más adelante.

Los Dènè comenzaron a presentar denuncias a partir de 1970 cuando manifestaron su disconformidad con la construcción de un oleoducto que debía atravesar el valle del Mackenzie para abastecer los mercados del sur (Edmonton, Calgary y otros). El proyecto hidroeléctrico de James Bay que ya había generado muchos problemas impulsó al gobierno canadiense a ejecutar una investigación respecto del impacto medioambiental, social y económico que tendría sobre los habitantes el citado proyecto. Con el fin de prevenir males, la Administración solicitó los servicios de un experto en asuntos indígenas, el juez Berger, de la Corte Suprema de la Columbia Británica y que ya había representado a los Nishga en sus peticiones sobre tierras. Las consultas que promovió en primavera y verano principalmente sirvieron para que los Dènè le expusieran durante más de dos años sus necesidades aireadas por los medios de comunicación social con el fin de que la opinión pública canadiense tomara posiciones.

El juez Berger efectuó sus investigaciones en 35 asentamientos de la Nación Dènè y 987 autóctonos le expresaron su parecer. Entre otras cosas, las audiencias del juez Berger se convirtieron en tomas de posición política. La actuación de este asesor y jurista merece el reconocimiento público y no cabe duda que su nombre se pronuncia con agrado y respeto en todo el Mackenzie. Para solucionar la problemática del oleoducto, propuso la participación de los Dènè en términos de igualdad frente a las compañías involucradas en el trazado. Berger recomendó al Gobierno canadiense que financiara a organizaciones nativas, grupos de ecologistas y municipios con el fin de que se comprometieran a buscar juntos una solución. El resultado fue que la Nación Dènè contrató abogados y científicos para que efectuaran unos trabajos para los que ellos se sentían incapacitados.

El informe del juez Berger aclara que el impacto del desarrollo socio-económico en el Mackenzie siguiendo patrones meridionales no debía desvincularse del tema sobre las demandas referentes a la tierra pues "*quieren vivir en sus tierras, gobernarse en ellas y decidir el uso que debe hacerse. Nos piden que solucionemos sus peticiones de modo diferente a como se hizo en el pasado*" (Berger 1977: 17).

La solicitud de los Dènè de ser tratados como "nación" no logró aceptación. La petición de autonomía de unos pocos miles de personas entre las que abundan las de dudosa procedencia étnica, en un territorio inmenso pero rico en minerales, se consideró en principio como exagerada y fuera de los marcos legales de la

Constitución canadiense. No obstante, Berger mantuvo que no existía ningún obstáculo constitucional para otorgar la propiedad de la tierra a los indígenas ni de conceder un cierto autogobierno a los Territorios del Noroeste. Es más, según este juez, éste sería el momento de poner en práctica las promesas del pasado. Los problemas del oleoducto se complicaron de tal modo que Berger aconsejó una moratoria de 10 años para su construcción, tiempo requerido para una evaluación adecuada de los intereses indígenas. En 1983 se firmó un acuerdo entre el Gobierno canadiense y la Nación Dènè y el primero anunció oficiosamente en Norman Wells, uno de los centros más afectados, que retrasaría dos años el inicio de los trabajos. Las negociaciones han seguido en muchos frentes y en la actualidad se vuelve a hablar con insistencia de una autonomía, similar a la lograda por Nunavut.

En este panorama es como debe evaluarse el surgimiento y existencia de Sahtu, que es una extensión considerable de terreno que pertenece aún a lo que se conoce tradicionalmente como Territorios del Noroeste de Canadá en el mapa político de este Estado. El río Mackenzie es la gran arteria fluvial que atraviesa esta zona de Sur a Norte; de Este a Oeste abarca desde el lago Mayor del Oso hasta los límites con el Yukón. Los autóctonos aquí considerados desean una autonomía similar a la para ellos vecina Nunavut de reciente creación.

Sahtu es el vocablo que dieron antiguamente los Dènè al lago Mayor del Oso y este pueblo es el que ha habitado en esta región desde hace siglos, cazando en sus bosques y pescando en el lago, en las quebradas y especialmente en el río Mackenzie que ellos han conocido como Dehcho, vocablo que en lenguaje Slavey puede traducirse por *río grande*. Desde el punto de vista político, Sahtu no es aún un área continua sino que hoy por hoy cuenta con zonas que están en proceso de disponer de un cierto reconocimiento de gobierno autóctono dentro del conjunto de los Territorios del Noroeste que ya cuentan desde hace años con una Asamblea Legislativa en la capital Yellowknife y en la que las diferentes etnias cuentan con representación. La situación actual (julio-agosto de 1999) se muestra en el mapa adjunto.

El país de Sahtu, incluido en los Territorios del Noroeste, surgió como consecuencia de las reclamaciones presentadas por los autóctonos (Dènè principalmente pero Inuit y Metis también) ante el Gobierno Federal de Ottawa el 8 de septiembre de 1993 logrando un cierto reconocimiento (*Royal Assent*) el 23 de junio de 1994. Esto fue posible porque las sociedades autóctonas cuentan con reconocimiento y confirmación en la actual legislación canadiense que basa sus determinaciones, para estos casos, en la sección 35 de la actual Constitución del Canadá. Algunos juristas canadienses optaron por la causa autóctona, como ya hemos indicado, y han luchado para que la sociedad dominante reconozca a las sociedades aborígenes todos los derechos de una sociedad democrática. Ciertas reflexiones sobre estos procesos ya fueron ofrecidas tiempo atrás (Junquera 1992: 35-38; 1994: 231-251; 1995: 135-151).

La población de Sahtu es de diversa procedencia étnica. En primer lugar están los Dènè; luego aparecen los Inuit (los esquimales tradicionales), los Metis y los no-aborígenes que son los ciudadanos canadienses de origen anglosajón o latinos (franceses principalmente), unos por nacimiento y otros por nacionalización después de haber emigrado y quedarse definitivamente, logrando en algunos casos el ascenso social como sucede con Frank Pope, un escocés afincado y casado en Norman Wells de donde es alcalde y en donde regenta una tienda de artículos de pesca. En ocasiones es guía turístico por el río Mackenzie porque dispone de una lancha con motor fuera borda.

Este ejemplo no es exclusivo ya que los Territorios del Noroeste del Canadá y del Yukón conocen una emigración notable desde 1940 como consecuencia de que se convirtieron en lugares privilegiados para desarrollar en ellos proyectos propios de una economía de guerra, siendo el Canon Trail el más conocido por ser diseñado en aquellos años por el gobierno de los Estados Unidos. El desarrollo del Canon Trail pretendía trazar y asentar un oleoducto que permitiera disponer de recursos energéticos para hacer frente a Japón, el enemigo de entonces, que había tenido el atrevimiento de bombardear la base de Pear Harbour en Hawái, demostrando con ello que era una potencia militar que podía llegar a las costas de California. El trazado por el interior de Canadá tenía como motivo el evitar el litoral porque al interior se pensaba que no llegarían los japoneses con facilidad. El Canon Trail fue costoso en dinero, vidas humanas y sacrificio del medio ambiente, pero en aquellos momentos se vio todo como necesario por cuestiones de guerra (Hawkings 1996).

Los núcleos citados son importantes desde el punto de vista de la demografía de los Territorios del Noroeste e insignificantes si los datos se comparan con la parte meridional de Canadá. Fort Good Hope cuenta con 616 habitantes; de ellos, 189 niños están escolarizados (30,6%). Se localiza en la banda Este del río Mackenzie como a unos 145 km. más al norte de Norman Wells. Es un enclave con mayoría Dènè tanto en las cohortes infantiles como en las juveniles y adultas. También existen mestizos y no-aborígenes. La población Inuit desapareció tiempo atrás y no quedan representantes salvo en el cementerio situado en los alrededores de la Iglesia-misión fundada por el Padre Grollier, misionero Oblato de María Inmaculada de origen francés, en 1859 y que está enterrado allí. El templo de madera es especialmente hermoso y es una de las joyas que se muestra como obra excelente que conserva todas las pinturas ejecutadas por el Padre Emile Petitot en 1860, uno de los grandes misioneros en esta parte del mundo. Los pasajes representan escenas de narraciones bíblicas combinadas con motivos locales, destacando las estaciones del Calvario.

En julio de 1999, tuvimos ocasión de filmar el rezo del Rosario tal como lo enseñaron los Misioneros Oblatos. La enseñanza religiosa debió calar profundamente entre los Dènè de Fort Good Hope ya que hace muchos años que no existen evangelizadores y, sin embargo, todas las tardes, a las 18 horas, suena la campana convocando a los fieles al rezo del Rosario que reúne a viejos, jóvenes y niños. Concluida la plegaria todos se dedican a visitar las tumbas de los familiares dando lugar a escenas conmovedoras.

2.4. LA EDUCACIÓN EN SAHTU

Una de las transferencias más notables, que han acontecido en Sahtu y en todos los Territorios del Noroeste, es que el sistema educativo que abarca a los 12 grados en que está dividida la educación primaria ha sido transferido a las decisiones que tomen las diferentes etnias autóctonas. La educación aquí está unificada para los cuatro grupos sociales que están asentados en la región. Hay en total 492 niños Dènè, 22 Inuit, 41 Métis y 137 no-aborígenes. Todos ellos se encuentran repartidos por núcleos poblados, centros educativos, grados y aulas de los que no se añade más ahora porque está siendo objeto de otro ensayo más centrado en este asunto. Los datos de las escuelas de cada uno de los cinco centros urbanos importantes ya citados han sido proporcionados por Fibbie Tatti, del *Departamento de Educación de la Región de Sahtu*, experta en la enseñanza de la lengua Slavey (la tradicional de los

Dènè) y que ha compilado un pequeño manual para el aprendizaje de esta lengua en los centros escolares de los pueblos citados junto con Philip G. Howard (Tatti-Howard 1998). Igualmente ha suministrado varias publicaciones para la enseñanza de las lenguas Dènè e Inuit en las que destacan los vocabularios y modos de plasmar las diferentes grafías.

La unificación de programas de enseñanza para autóctonos y no-aborígenes procede de motivaciones distintas y entraña varias consecuencias. La cuenca del río Mackenzie comenzó a cobrar influencia en lo político a partir de 1940 por las causas indicadas, pero también porque se sabía que los Territorios del Noroeste y del Yukón contaban con reservas importantes de petróleo, diamantes, oro y uranio entre otros productos importantes. La Segunda Guerra Mundial permitió por un lado y obligó por otro a numerosas tomas de posición respecto a paisajes, subsuelos, gentes, etc. Las decisiones había que tomarlas en Ottawa, lugar en el reside el Gobierno Federal, y en aquellas fechas las autoridades debían rendir cuentas al Gobierno Británico como cualquier otra colonia.

El acceso a la cultura, de modo casi masivo, ha permitido un cambio más que notable en la sociedad autóctona. Los periódicos regionales y locales dedican páginas y reseñas a cada uno de los alumnos que concluye la primaria y mucho más si el acontecimiento tiene relación con la secundaria o *high school*. El diario *The Mackenzie Valley*, editado en Norman Wells el 20 de junio de 1999, p. 25 se puede leer el encabezamiento *Congratulations to the '99 Graduates!* con foto incluida; noticia similar aparece en *News/North* del 5 de julio para los estudiantes de la etnia Dogrib, pp. 24-25, y especialmente para aquellos que opten por seguir *post-secondary studies* en cualquier facultad. El mismo periódico sacó un especial con el título *Graduation 99* en el que aparecen incluso las felicitaciones de los ministros territoriales que desean expresar a propios y extraños que los autóctonos están en el mismo camino que los no-autóctonos. El *Dehcho, The Mackenzie Connection*, editado en Yellowknife, con fecha de 22 de julio de 1999, en la página 10 reseña el tema tratado con un rótulo titulado *And the Adventure Ends ...or Begins!*. El discurso propagandístico es mayor si las noticias se refieren a quienes concluyen la secundaria y desean acudir a la Universidad. Los esfuerzos son notorios para apoyar a cualquier candidato que desee seguir estudios en alguno de los centros superiores de la zona meridional de Canadá, de los Estados Unidos o de Gran Bretaña. No hay que olvidar que Oxford y Cambridge son los modelos de universidad a seguir, incluso en la estructura del campus

La educación cuenta también con ciertas dificultades. La primera a reseñar es geográfica pues en esta parte del Canadá quien reside en un centro urbano tiene mucho ganado respecto a la educación. No es lo mismo para quienes viven en los alrededores o en zonas apartadas. Debe tenerse en cuenta que el curso escolar se inicia en septiembre y concluye en junio. Luego se puede decir que los alumnos estudian en el largo invierno y casi a oscuras. En la actualidad, salvo en las cercanías de los pueblos, los caminos y carreteras son de invierno e inoperativos en la corta etapa estival. Esto se debe a que los trazados y firmes se estropean mucho en la fase del deshielo, quedando numerosos charcos en el trazado que raramente desaparecen; es más, en numerosas ocasiones estas carreteras presentan cortes en el firme que los hace inservibles en verano, pero no en el invierno cuando se cubren primero de nieve y de hielo después. Esto permite a las moto-trineos, coches y camiones deslizarse con facilidad y cubrir la distancia que hay hasta Yellowknife e Inuvik por ejemplo, o hasta ciudades más meridionales de Canadá, como Edmónton que es el centro principal de abastecimiento de todo tipo de mercancías. En julio-agosto, como ya está indicado, es

el avión el encargado de abastecer al Mackenzie junto con los barcos que suben desde el delta y que pueden llegar hasta Norman Wells donde se encuentra un pequeño espigón para las faenas de carga y descarga en la margen derecha, y como a unos 400 metros al sur de la ciudad.

3. LA ACTUALIDAD: AUTÓCTONOS EN LA SOCIEDAD POSTMODERNA

Las ciencias sociales consideran que una sociedad es moderna cuando ha superado ya la etapa de la industrialización y entra en otra de terciarización en que el sector servicios y el saber tecnológico se convierten en los motores de su desarrollo. Estos componentes postindustriales no se pueden concebir sin un sistema educativo y un bienestar y calidad de vida. Aplicarles a los Dènè, Inuit y Métis me parecería exagerado en principio, porque en algunos apartados no han tenido una incidencia directa; es más, creo que aún no la tienen porque es muy posible que en el fondo no se desea como habrá ocasión de explicar. Es el conjunto de circunstancias que envuelven a estas etnias lo que permite sugerir que todas ellas se encuentran en una etapa de postmodernidad.

Los autóctonos canadienses tienen muy claro ahora mismo que desean recuperar su identidad, la misma que perdieron ante tramperos, colonos, políticos y demás vaivenes de la historia local e internacional. Creo no equivocarme si afirmo que una sociedad cazadora en situación cultural de nomadismo o seminomadismo, está ligada a la caza y ésta a un territorio más o menos extenso en el que acontecen numerosas vivencias de todo tipo y especialmente la supervivencia. Este espacio geográfico, en dependencia con los recursos cinegéticos, está afectado por criterios políticos. Las zonas de cacería de los Dènè e Inuit, mucho más que los de los Métis, por razones históricas, se consideran como contornos nacionales con todo lo que esto implica. Las culturas cazadoras estructuran el paisaje como dimensión social que, a su vez, está ocupada por organizaciones de cooperación, participación y de coresidencia de todos los individuos integrados en una determinada etnia.

Un procedimiento ligado a los juicios de identidad que se encuentra, por otro lado, conectado a la territorialidad ha llegado a plasmar efectos trascendentales en el Canadá actual en lo que se refiere a la antropología y la etnografía de cada una de las etnias dispersas por la actual geografía nacional. El principio de territorialidad, una de las maldiciones contemporáneas, ha llegado a engendrar demostraciones de violencia (activa o pasiva, según los casos) a nivel interno y externo, y ha obligado a numerosos replanteamientos para poder plasmar nuevas homogeneidades que permitan hacer frente al exterior y ofrecer un camino nuevo para quienes se sienten miembros de esta o aquella etnia. Esto se ve y capta a la perfección en la literatura que van ofreciendo algunos estudiosos autóctonos sobre su propia realidad, cómo fue y a qué se debe aspirar. Blondin (1990) se centra en el universo Dènè; Briggs (1985) analiza detalles culturales Inuit y Harrison (1985) se fija en los Métis. El hecho de que enemigos tradicionales hayan tenido que llegar a pactar normas de convivencia y de alianza, para poder hacer frente al adversario común, es algo que hoy aflora de continuo, como ya se ha puesto de manifiesto en lo que se refiere a ciertas tomas de posición sobre demarcaciones territoriales (Junquera 1995: 135-151). Y en este camino es por donde debe caminarse para evaluar los esclarecimientos acontecidos en los últimos años.

Desde el punto de vista económico, el paisaje del bosque boreal es pobre; y esto

podría llevarnos a pensar que los autóctonos, que entraron en contacto con los europeos mucho más tarde que los residentes al Sur del Río Grande, se mantuvieron como intocados por esta causa y culturalmente más puros. Pensar así sería un error de cálculo que nos llevaría a desaciertos de interpretación. Igualmente, cuando se está ejecutando una investigación de campo entre quienes se consideran cazadores-recolectores, resulta que el observador no los evalúa así porque en su tarea emplean ya armas de fuego, motodeslizadores, todoterrenos y otros elementos de tecnología sofisticada. Y sin embargo, los individuos involucrados testifican que siguen ejecutando la faena como sus antepasados. Y tienen razón porque lo que se ha modificado son los útiles a emplear pero no los fines. No obstante, los autóctonos canadienses y las minorías étnicas de casi todos los Estados-nación que cuentan con estos grupo sociales como súbditos resulta que se encuentran en crisis de identidad. Y esto es algo que merece la pena que se reflexione sobre ello porque es raro el que no se queja de que **quienes dominan** han destruido con violencia la cultura autóctona y primigenia.

Se entiende por desequilibrio cultural y aniquilamiento de una cultura la pérdida de unos referentes concretos con los que unos individuos establecen una relación en un espacio que es a la vez geográfico y social, y que es manejado acorde con unos patrones culturales que en nada se parecen a los que luego brotan como propios de los invasores y nuevos ocupantes, los cuales pueden imponer sus propios criterios por ser más fuertes y estar mejor equipados tecnológicamente. El aniquilamiento de la cultura de los autóctonos requiere de una destrucción continua de la identidad de éstos y se pretende imponerles la foránea al mismo ritmo.

Suele acontecer, igualmente, que cuando la cultura primigenia es eliminada surge el pensamiento milenarista y el mesianismo como productos de apariciones apocalípticas. El objetivo es que los individuos que están aferrados a una cultura no se desenganchen de ella a pesar de todas las calamidades que puedan acontecer. El caso de los israelitas es patente porque han sufrido numerosas persecuciones, desplazamientos, intentos de destrucción y siempre se han mantenido unidos y a la espera de que llegue el Mesías. En América del Norte ha habido también pronunciamientos de este estilo entre las diferentes tribus indias; así la *Bear Dance* (Baile del Oso), la *Sun Dance* (Baile del Sol) y otros. Este tipo de actividad cultural pretende integrar a sus individuos en la desgracia ofreciéndoles confianza en un conjunto de nuevos referentes que pretenden manifestarse como los ancestrales. En este sentido, los Dènè, Inuit, Métis, Dogrib, Hare y los restos de otras etnias canadienses están ahora sondeando y evaluando los conocimientos *no corrompidos* por el acercamiento al mundo moderno e industrial con el fin de construir un universo nuevo. Blondin es posiblemente el líder Dènè más valorado por estar en esta línea de argumentación y sus escritos se difunden más cada día.

Los extraños que desean visitar alguna de las comunidades autóctonas, deben cumplir con ciertas normas de etiqueta si desean ser admitidos sin ningún problema. Así, los letreros con mensajes prohibiendo la introducción y el consumo de alcohol aparecen en sitios bien visibles. Las minorías llevan ya tiempo valorando el hecho de que la violencia no es sólo un síndrome propio de una segregación que puede manifestarse como social por un lado y patológica por otro; es más, es también un método que incrementa el ritmo de explotación suprimiendo los postreros vestigios de la cultura ancestral. Actuando así, se ofrece el acoplamiento y adecuación de modelos impuros de identidad pública basados en el incremento y en la celebración de ciertas señales nacionales que son claves para alcanzar la tan deseada homogeneidad

cultural. Los cambios exigen cumplir con el ritual pertinente aunque el conflicto esté también presente como opina Geertz (1957: 50). Es más, son muchas las minorías étnicas a las que se podría aplicar este modo de actuar.

Cuando se aniquila algo, lo que sea, resulta ya imposible el dar marcha atrás porque nunca podrá recuperarse. Cuando Bartolomé de las Casas criticaba a los encomenderos y a la complicidad de la Corona española en los ataques a los indios americanos, sabía también que ya no se podía reconstruir ninguna identidad étnica por más esfuerzos que se hicieran a favor de la misma (Junquera 1988: 191-205). La razón era precisamente ésta, que ya se contaba con una cultura heterogénea en la que primaban los valores impuestos por los conquistadores, colonos y misioneros, por no poner otros ejemplos. En general, se puede decir que en Canadá ha acontecido algo similar

Las ciencias sociales tienen todo el derecho del mundo a emitir opinión, otra cosa es que ésta pueda ser cierta o que llegue a tener visos de convertirse en una tesis. Se dan explicaciones sobre la mecánica que se ejercita para evaluar los cambios culturales y lo que puede acontecer. La antropología social, la etnología y la etnografía tienen la tentación de caer muchas veces en su propia trampa. En lo que se refiere a los Territorios del Noroeste de Canadá, a Nunavut y al Yukón, por ejemplo, que son terrenos que deben considerarse desde posiciones del bosque boreal, taiga y Subártico, se apuntó hace algunos años que el patrimonio lingüístico heredado tenía un valor cultural secundario porque resultaba que la lengua hablada por las etnias como propia no era más que un dialecto de otra lengua matriz (Helm 1981: 1). Los criterios ecológicos y materialistas estaban en esa época aceptados de modo mayoritario y cualquier evolución y adelanto tenía que pasar por la adaptación, y ésta se interpretaba como asunto del determinismo material y tecnoambiental del que Marvin Harris puede ser considerado como el mayor abanderado o al menos el más mentado (Harris 1968, 1971).

Establecer el medio geográfico como una variable independiente arrastra a muchos expertos a interpretar la cultura como una adaptación mediambiental funcional, especialmente en los casos en que centran sus pesquisas en etnias como los Dènè, Inuit y Metis, por acudir a los ejemplos del ensayo, cuyas representaciones culturales no tienen nada que ver con las instituciones propias de toda sociedad estatal. Tres décadas atrás, más o menos, la visión ecológica afloró en el pensamiento antropológico, prehistórico y etnográfico gracias a una publicación colectiva coordinada por R.B. Lee e I. Devore (1968). Fueron numerosos los especialistas que echaron mano de las posiciones expresadas en este libro para llegar a concluir que en función de las condiciones materiales en que viven ciertas sociedades se podía llegar a una cultura mental. Acto seguido se decía que los cambios económicos debían provocar transformaciones fundamentales en las concepciones que los pueblos tienen de sí mismos y de sus universos respectivos. El caso de Harris ya citado puede indicar hasta dónde llegaron las cosas y cómo se encuentran, porque este es uno de esos pensamientos monolíticos que parecen estar mejor asentados en las mentes.

Son muchas las minorías étnicas que han logrado conservar muchas de sus tradiciones culturales incluso en el caso de admitir es su universo cultural conocimientos que tienen origen en la cultura dominante que se les ha impuesto, la de los anglosajones para el caso que estamos tratando en este ensayo. Conviene entonces tener en cuenta qué estrategias se han elaborado para hacer frente a la invasión cultural y mantener vivos los conocimientos tradicionales, y cómo se

transmiten de generación en generación teniendo la precaución de que quienes gobiernan y les controlan como súbditos no lleguen a captar el intrínquilis que se traen entre manos. Estos detalles no son nuevos porque se han ejercido muchas veces en la Historia y se practican aún.

Los autóctonos canadienses, sean de la etnia que sean, e incluso los Métis, están hoy muy centrados en la política o lo que entienden los politólogos por tal asuntos. El dato está muy en consonancia con el Derecho ya que sin el apoyo de los juristas las cosas no estarían como están. Y esto aconteció a partir de 1960 como creo haber indicado ya. Hay acontecimientos anteriores que también influyeron porque como decía Franz Boas, a quien he seguido en este detalle muchas veces, "*no interesa saber cómo son las cosas sino como han llegado a ser lo que son*" (Boas 1920: 311-322); es decir, lo que interesa saber es el largo trayecto que han tenido que recorrer unos y otros para encontrarse donde se encuentran.

Los aspectos públicos, generales y estatales comenzaron a cobrar importancia en los Territorios del Noroeste con el comercio de pieles. En principio, autóctonos y foráneos cazaban en los mismos territorios e idénticos animales pero los medios, los métodos y los fines eran muy diferentes. El contacto cultural, negativo en las más de las ocasiones para los Dènè e Inuit, no así para los Métis, trajo una serie de consecuencias que aún hoy resulta complicado analizar y aclarar. El examen e investigación de la cultura mental de los aborígenes de esta parte de Canadá tenía puesta la mirada, a principios de los años 70, cómo las dos etnias aborígenes tratadas en este ensayo concebían y evaluaban las posibilidades que tenían para ser parte de la sociedad canadiense actual. Se pensaba entonces en el camino que se debía recorrer desde el momento en que una cultura extraña se presenta ante un individuo (o una colectividad) y qué estrategias elabora(n) para aceptarla o rechazarla en este o aquel ingrediente. No cabe duda que había aún una tendencia bastante notable a contrastar la relación animal-persona del trampero que cazaba para comercializar con la del aborígen que efectuaba un diálogo mental con el animal como intermediario de otro *universo* sólo captado por la sabiduría nativa.

El resultado de encontrar formas desconocidas puede llevar a la sensación de que las culturas del Noroeste de Canadá han logrado sobrevivir aisladas e inmunes a pesar de la presión ejercida por la presencia de colonos, funcionarios, mineros, profesionales, etc. de cultura occidental. No creemos que eso sea así porque las culturas Dènè, Inuit y Metis son culturas permeables al cambio y al conflicto como cualquier otra; pueden modificarse detalles concretos, pero nada más. Desde hace unos 60 años más o menos, el Gobierno Federal canadiense ha incrementado la intervención sobre las etnias autóctonas y esta acción ha generado conflictos de diferente índole. La escuela, la minería, el paisaje y muchas otras cosas son ejemplos de las modificaciones inducidas por la acción del gobierno.

Los aborígenes de los Territorios del Noroeste fueron nómadas y seminómadas hasta un pasado reciente y resulta que estas manifestaciones de la vida social han pasado ahora a mejor vida. Al preguntarnos por las razones concretas, hemos llegado a la conclusión de que son numerosas las variables institucionales que han incidido en el cambio, algunas de las cuales se reseñan a continuación:

1. Las riquezas minerales del subsuelo, que son muchas y valiosas para los mercados internacionales, orientaron a los políticos de Ottawa en un primer momento a primar los intereses mercantiles del Estado en detrimento de

las formas sociales de los aborígenes.

2. Las formas de vida tradicional fueron forzadas a cambiar violentamente pasando a la sedentarización en los nuevos núcleos urbanos surgidos a la sombra de la minería, y así es como hay que entender la aparición de Yellowknife, por ejemplo.

3. La concesión de una pensión aparentemente sustancial a las personas que hoy consideramos de la tercera edad y que no hace mucho eran viejos a secas, requería el estar censado por la administración estatal.

4. Como consecuencia de lo anterior, se burocratizó la vida de los cazadores-recolectores en cuanto que los niños fueron obligados a escolarizarse de acuerdo al modelo canadiense, y sin tener en cuenta que el patrón educativo no se ajustaba en nada al tradicional.

Al tiempo que se ponían en marcha estas medidas se ofrecía a los autóctonos la posibilidad de encontrar un trabajo remunerado. Este detalle, simple a primera vista, se convirtió pronto en un arma de doble filo porque quienes optaban por un empleo se convertían en asalariados pero perdían al mismo tiempo el control que habían tenido durante siglos de la economía local y del acontecer en el bosque boreal. Estas acciones, culturalmente dirigidas, sirvieron para desfigurar la vida tradicional, incluso la imagen que tenían de sí mismos, ya que la adquisición de lo negativo de la cultura occidental se alcanza antes que lo positivo. Así, el alcoholismo entró de lleno en la vida social, aunque ya se había iniciado antes con los cazadores de pieles. Igualmente, vino el olvido paulatino de las tradiciones familiares; y estos detalles, entre otros, llevaron a los autóctonos a sentir en carne propia lo que suele denominarse como sentimiento de impotencia generalizado.

Se ha indicado antes que los Dènè e Inuit han contado y cuentan con individuos que han conservado íntegras sus tradiciones culturales, en la medida relativa en que puede afirmarse esto, y que han incorporado a su modo de vida algunos elementos que proceden de la sociedad canadiense, más de los anglosajones que de los francófonos a pesar de que sus aliados Metis procedan en origen de éstos. Se puede hacer esta confirmación porque debe tenerse en cuenta que la supervivencia de cualquier cultura está ligada a su capacidad para recolectar conocimientos que proceden del exterior, de vecinos o invasores lejanos, y que esta redefinición constante es lo que impulsa a una permeabilidad de los límites internos. Una apertura a lo **desconocido** puede tener como resultado una pérdida de control incluso de principios clave, los considerados como más ancestrales y peculiares. Este cambio acontece cuando una potencia estatal establece con éxito una colonia entre sociedades pre-estatales.

El colonialismo suele enviar primero a los misioneros para que ofrezcan el paradigma de una nueva religión que será la auténtica y verdadera; más tarde aconseja a los comerciantes que vayan iniciando a los nativos en el mercado capitalista porque ya los anteriores han domesticado las conciencias autóctonas y los recibirán con los brazos abiertos; y, cuando estas dos cosas están logradas, aparecen ya los funcionarios coloniales que rematarán cuanto quede suelto o no totalmente ajustado a las pretensiones. Luego sucede que no todo se realiza con tanta perfección porque hasta los más previsores se equivocan. Lo que está claro es que el contacto va estableciendo unos parámetros ante los que no resulta fácil hacer frente y la identidad tradicional tiene que **inventar** nuevos elementos culturales que serán eficaces si

logran neutralizar en todo o en parte el resultado de los rompecabezas impensados y para los que no existe ningún antídoto que se conozca en la magia ancestral.

Todo parece indicar que la respuesta política de los Dènè, Inuit y Metis de los Territorios del Noroeste ante el deseo canadiense de cambiar e impulsar **el Norte** ha tenido criterios autóctonos más que foráneos, primando siempre el deseo de ser nativos; esto no excluye la aceptación de la sofisticada tecnología occidental, lo que ésta implica, así como otros muchos cambios venidos del exterior. Lo que ha hecho posible la oposición autóctona a la modernización, al menos en el plano teórico, es la intransigencia impuesta por los canadienses anglosajones, orientada a la descomposición de los indígenas y resentida por éstos de forma intensa. Estos detalles tan simples permiten poner en duda las teorías de la modificación y del cambio social que, como muchas otras acciones del colonialismo, también muestran fisuras y son así menos triunfalistas de lo que quisieran.

La modernización de los Dènè, Inuit, Metis y otras etnias canadienses es una realidad que no puede negarse. Ahora bien, se trata de observar y valorar la estrategia y las diligencias que se han planteado y cómo se han hecho. Hay que tener en cuenta que los acontecimientos sociales pueden llevar al mismo fin, aunque pero los medios desarrollados para ello pueden no parecerse. En todo proceso de cambio dirigido hay crisis, momentos amargos y vivencias que suelen tentar a los actores a "*tirarlo todo por la borda*". Esta experiencia precipita en las culturas la gestación de nuevos ingredientes necesarios para sobrevivir. No hay que olvidar que los mitos nunca mueren porque perviven en los rituales que se van modificando según las exigencias del momento.

Las tribulaciones sociales estimulan muchos ensayos y proyectos de ritualización y reconceptualización con el fin de obtener lo que se requiere en un momento determinado. Inversamente a lo que se defiende desde el funcionalismo, que propone que este proceso no sería más que una legitimación de los valores colectivos, creemos que cuando la violencia está canalizada y hacia enunciados socialmente razonables, puede aflorar una transformación que se convierte en ritual, lo que hace que algunas representaciones de la vida colectiva sean desnaturalizadas y encauzadas a la formación y desarrollo de redes más complejas. Así es como los símbolos destruidos por la sociedad dominante son concebidos de forma extraordinaria y fuera de lo común, y pueden llegar así a presentar novedades y significados que poco dicen respecto de la tradición. Un ritual puesto en marcha en estas condiciones puede ser una reafirmación constante del pasado, que siempre suele ser maravilloso, pero es también un modo de ponerse al día y de afrontar el futuro.

Muchos milenarismos emplean este esquema y, de este modo, la violencia puede llegar a convertirse en una maquinaria orientada a pensar y repensar la historia étnica en nuestro caso, de los Dènè, Inuit y Metis. Así se expresaba en Norman Wells, en julio de 1999, Margaret MacDonals, abanderada del mundo Dènè, aunque sus enemigos políticos no la consideran ni Metis, cuando planteaba en una conversación los medios que se estaban practicando para alcanzar al fin el nacimiento de Sahtu como nueva jurisdicción autonómica canadiense y segregarse así de los Territorios del Noroeste. Margaret MacDonals es co-ordinadora de los reclamos territoriales planteados por los autóctonos y funcionaria del Gobierno Regional en el área de *Recursos, Fauna y Desarrollo Económico*. Con estos criterios sólo se pretende decir que el conflicto y la tirantez encauzadas hacia ciertas formas sociales y políticas son

dispositivos que exigen también el concurso y presencia de los valores encadenados a la vida colectiva, de tal forma que un aumento de la conexión interna de los significantes encuentra el camino abonado para conseguir el fin apetecido. Igualmente, y con la misma intensidad, se favorece por la misma causa el establecimiento de los nuevos antivalores que se manifiestan en cuanto una tribulación avisa simplemente de su presencia.

Lo que pudiera aparecer como una transposición no es más que un proyecto para decantar los talentos habituales de la vida, y no para exaltar lo anómalo e inverosímil. De este modo, la inversión de valores no es más que un mecanismo similar al que emplea Claude Levi-Strauss para explicar qué es el bricolage. El vuelco cultural otorga a los elementos sociales separarse del contexto tradicional en que han sido gestados. Logrado este objetivo, se pueden mezclar y entonces se consigue entenderlo de otro modo, a la vez que brindan la probabilidad de remediar problemas vistos hasta ese momento como insolubles. En el supuesto de que las manifestaciones violentas, que se dan en todo contacto, no hayan conseguido generar consecuencias provechosas ante la crisis de identidad estimulada por la intervención estatal ¿no podrían aprovecharse pautas pacifistas para ensayar el desarrollo de una nueva estructura cultural?.

Esta hipótesis postula que cuando los nativos pretenden superar los problemas del pasado, es en los vínculos de intimidad familiar en los que aflora una virulencia fuera de lo común y con una frecuencia corta. Algo así como si se institucionalizara la violencia o hubiera necesidad cultural de hacerlo, lo que no deja de ser una paradoja. La lógica más inmediata y prudente aconseja que hay que esperar a que afloren las **inversiones** de la conducta como una consecuencia cultural, porque en este vaivén se va a reflejar la profundidad de las conexiones sociales entre personas involucradas. Las mortales se han enfrentado y peleado por numerosas razones, pero la pelea nunca surge por azar, y menos si la mayoría de los actos violentos ocurren en el círculo familiar, o con parientes próximos. En este contexto, entre gentes de la misma etnia pero de diferente clan, o entre mujer y marido por no citar otros casos.

Todo el mundo afirma que la violencia deshumaniza. En consecuencia, lo que puede resultar interesante es conocer el camino que sigue para lograr este fin. De hecho, la intensidad del arrebató libera a los individuos que la practican de un enmarque cultural y pone en tela de juicio el nexo entre significativo y significado obligando a los individuos a buscar nuevas soluciones en una estructura dada y suministrando a la vez los recursos necesarios para desencadenar una exploración de esa misma intensidad violenta.

Da la impresión que los Dènè, Inuit y Metis de los Territorios del Noroeste presentan ahora mismo un sistema de valores que ha ido cayendo en picado al mismo ritmo que se intensificaba la presencia de los canadienses anglosajones. A esto debe añadirse que la violencia genera igualmente evocaciones de alienación y fracaso que, en muchos casos, alejan a los individuos de sus referentes culturales obligándoles a generar nuevas significaciones que recompongan el cuadro general de la vieja cosmovisión. Significaciones que pueden orientar a las sociedades a que pertenecen a implicarse en la búsqueda de nuevos entendimientos para su vida tanto colectiva como personal. Es más, como veremos, el caso de los autóctonos tratados aquí sugiere que un tipo particular de violencia entre hombres que llevan patronímicos diferentes (los Dènè son atapascanos y se expresan en North Slavey, su lengua ancestral; los Inuit se comunican en su idioma y los Metis que no son ni lo uno ni lo

otro, pero los tres grupos sociales se comunican y entienden en inglés y es en este idioma en el que pactan cualquier acuerdo) puede englobar señales de conducta implícitas con capacidad para la expresión de nuevas ideologías que, en consonancia con lo ya expresado, pueden muy bien no parecerse en nada a los movimientos del pasado.

Los cazadores y traficantes de pieles introdujeron hace más de un siglo el consumo de alcohol y este dato, negativo para la vida social de los autóctonos, trajo muchos males, tensiones, enfrentamientos de todo tipo, muertes, etc. tanto a nivel interno como externo. No cabe duda que algo serio ha tenido que pasar para que etnias de muy diferente índole cultural, enemistadas durante muchos años, lleguen a sentarse en una mesa de negociaciones y elaboren planes de conjunto frente a los anglocanadienses (Junquera 1995: 135-151). Los nativos declaran que todo mal está ligado directamente con la pérdida de las tierras ancestrales; por esta razón, las negociaciones entre el Gobierno Federal canadiense y cualquiera de las sociedades aborígenes reconocidas ha implicado la discusión, reclamación y reconocimiento de tierras por medio del pertinente título de propiedad. La quiebra de los patrones culturales tradicionales y la presencia de extraños implicaron un descenso de la pirámide poblacional más que notable. Esta tendencia se invirtió a partir de 1930 hasta el momento presente en que sigue en auge aunque no con la intensidad de la década de los años 60 (INAC 1995).

¿Qué implicaciones tiene para una etnia la pérdida de individuos adscritos a su cultura?. La respuesta debe valorarse teniendo en cuenta el quehacer tradicional de una sociedad cazadora-recolectora en un bosque boreal. La primera incidencia negativa es que el número de cazadores disminuye porque el líder que organice una expedición debe contar con ayudantes y éstos se reclutan entre sus hermanos, cuñados, primos y otros parientes; luego con amigos pero nunca con desconocidos. En consecuencia, si a la hora de emprender una acción cinegética no se puede contar más que con escasas personas, entonces hay que pensar que el aprovisionamiento de proteínas será mucho menor del que se aspiraba a lograr; en estas circunstancias, el aprovisionamiento de pieles también será inferior, y en este sentido hay que valorar el resto de las actividades. Pero las cosas no se quedan en esto, culturalmente hablando. Se pensó siempre que entre aquellos que participaban en las tareas de cacería podían surgir los futuros parientes, porque las hermanas del dirigente de turno podían casarse con los solteros que hubieran demostrado habilidades y pericias; de este modo, las redes sociales podían quedar ya elaboradas desde que los niños nacían.

Ahora bien, sucede que parece no tener relación ninguna el establecimiento de lazos familiares con una violencia que está ahí y que no es fácil de suprimir. Entra aquí en juego una ideología que ha contado con muchos adeptos y que está lo suficientemente arraigada en las personas y en las sociedades (Blondin 1990). Los nativos de América, o lo que queda de ellos, están buscando también su sitio y su espacio para manifestarse como ellos creen que fue su pasado; un pasado que se podrá recuperar a pesar de lo utópico que parezca, si logran establecer su propia filosofía de acción. La novedad se conoce como pan-indianismo, una propuesta de un futuro utópico en cuanto que propugna la unidad de todos los pueblos colonizados y oprimidos de América. Puede considerarse como un movimiento imaginado, ficticio, con pocas probabilidades de triunfo, pero de lo que no puede dudarse es que es un pensamiento político con su correspondiente filosofía. En esta situación, se busca la coincidencia de todas las etnias americanas y se aboga por acciones concretas para

llegar a alcanzar una armonía futura en gran parte sustentada en la eliminación de los europeos blancos y en alcanzar otra vez el universo ancestral perdido por la aparición de éstos.

Con estas apetencias como telón de fondo, no cabe duda que la retribalización exige el aplicar a la tribu los mejores adjetivos que puedan ayudar a su exaltación. Los Dènè y los Inuit consideran negativo todo rasgo de presencia europea en América. Hay en esto algunas discrepancias con los Metis pero no muchas. Las referencias a las relaciones sociales entre etnias vecinas como maravillosas en el pasado y a la labor desvertebradora de los colonizadores es la táctica del discurso. Sabemos de sobra que los conflictos interétnicos son con mucho anteriores a la llegada de británicos o franceses. Lo más idílico es la relación con la naturaleza porque parece que tanto los Dènè como los Inuit ni pisaban el bosque boreal no fuera a lastimarse, cuando se conoce con certeza el sometimiento del mismo a las tareas extractivas de la caza, madera, remedios medicinales y otros muchos.

El sentimentalismo pan-indio es vivido por los jóvenes con mayor intensidad, porque esta generación es la que ha sufrido en carne propia los efectos de la desestabilización sufrida por sus padres como consecuencia de haber entrado en el mercado laboral del que desconocían todo. La filosofía que se patrocina no es más que una retórica que pretende poner de manifiesto la recuperación de unos referentes culturales concretos con los que poder hacer frente a un futuro incierto. Aunque la marcha atrás es inviable, todos los planteamientos teóricos van en esa dirección, que marca la utopía del discurso; los prácticos van por otro camino paralelo y más rentable, aunque digan tener presente que lo que se quiere es retornar al **Paraíso Terrenal** de los antepasados.

El paso de cazador-recolector a miembro de una sociedad postmoderna asentado en un entorno urbano, es ya una realidad que engloba a la mayoría de los residentes en la Región de Sahtu. El salto en la historia, violento si se quiere, tiene diversas causas para hacerse realidad. Quede claro que los autóctonos canadienses cuentan ahora mismo con una **calidad de vida** que envidiamos muchos; y, si la han alcanzado, se debe a que los enemigos tradicionales, los *blancos* como ellos dicen, cambiaron de actitud y de criterio como ya se ha manifestado. El hecho de contar con una base jurídica favorable, que les ha permitido alcanzar el reconocimiento del uso de los recursos del bosque boreal (*el suelo*) en una primera etapa, como consecuencia de hacerse efectivos las reclamaciones de tierras; y de contar después con posibilidades de explotar también el *subsuelo* (petróleo, diamantes, uranio y otros minerales), son dos detalles que catapultaron hacia arriba a los aborígenes en el conjunto del Estado canadiense.

Los recursos económicos están asegurados y su canalización, en todo o en parte, hacia los bolsillos de los nativos es ya una realidad. Es verdad que hay en todo esto una complacencia por parte del gobierno de Ottawa después de múltiples negociaciones. Mucho del turismo que llega a los Territorios del Noroeste está controlado por las organizaciones autóctonas, y el alquiler de un alojamiento por persona y día no es precisamente barato. En opinión de las gentes, éste es uno de los modos en que los blancos deben contribuir a subsanar la *deuda histórica* que contrajeron con el expolio y una forma de devolver a sus dueños el patrimonio aborígen. Parejo con lo dicho está la artesanía, que más o menos tiene la misma finalidad. Una de las peticiones que expone la propaganda para foráneos es que se visite esta o aquella comunidad, para ver en directo el folklore genuino, el significado

de la fiesta y cosas por el estilo representadas al estilo del pasado, lo que no deja de ser poco creíble ahora mismo. Incluso la propaganda en torno a la *Drum Dance*, que aparece tanto en lugares Dènè como Inuit, muestra la unión que va habiendo por parte de los aborígenes aunque sean de diferente componente étnico.

Pero la cantidad mayor de dinero que llega a manos autóctonas procede del petróleo y de los diamantes. Ya está indicado que los diferentes tratados firmados en el pasado entre el Gobierno Federal y las diferentes comunidades tenía mucho de paternalismo y sólo permitía acceder a los recursos del suelo. Con el tiempo, las cosas se perfeccionan permitiendo que los recursos del subsuelo también puedan ser explotados, al menos en parte, por los autóctonos. La consecuencia ha sido que una enorme cantidad de dólares se ha canalizado hacia las etnias con reconocimiento oficial; así, en el verano de 1999, los Dènè han firmado un acuerdo por medio del jefe indio Raymond Taniton, de la Deline Dene Band y experto en finanzas, con el Banco de Montreal para que este último se encargue de manejar el 40% de las ganancias que llegaran a manos nativas procedentes de la industria del petróleo ubicada en la Región de Sahtu y, más en concreto, en las cercanías de Norman Wells donde se encuentra la refinería.

Este detalle permite a los aborígenes disponer de remanente monetario más que suficiente para hacer frente a cualquier eventualidad. Igualmente, el dinero les ha permitido acceder a los mismos bienes que tienen los blancos, lo que también permite una cierta igualdad. En los meses de verano conducen **todoterrenos** por las calles de los pueblos así como por las singulares *carreteras de invierno* cuando llega la nieve y todo está helado. Este es el momento en que las motodeslizadores (*snowmobile*), aparcados durante el breve estío, se adueñan de las pistas imprimiendo al paisaje su nota singular. A esto hay que añadir que las TV por satélite o por cable, teléfonos, ordenadores, asistencia médica, etcétera, están presentes dondequiera. Puede que lo más notable sea que las casas van dejando de ser pequeñas y cuentan ya con dimensiones más que notables, con muebles modernos, calefacción, agua corriente y cuantas comodidades sean propias de lo que aquí se denomina *culture of comfort*. Muchas de ellas, las más actualizadas, carecen ya de porche, y hay que tener presente que este espacio ha tenido dos funciones muy tradicionales: la primera, servir de lugar de conversación e incluso de ocio familiar; la segunda, cobijar a los perros que debían tirar del trineo o ser porteadores según el momento. Estos detalles permiten observar que se ha dado un cambio más que notable.

A las ganancias del petróleo se pueden añadir las que proceden de la minería, especialmente en las zonas en que se extraen diamantes. En los Territorios del Noroeste opera la Diamonds BHP que tiene firmados tratados de cooperación y de participación en beneficios con los Dènè, Inuit y Metis, especialmente con los últimos que lograron entrar en todas las negociaciones en virtud de que el Gobierno Federal y la Asamblea Legislativa de los Territorios del Noroeste llegaron a un acuerdo en que se les reconocían sus reivindicaciones territoriales (INAC 1998).

Posiblemente, la innovación más notable es la educativa. Los autóctonos canadienses fueron escolarizados parcialmente en las escuelas misionales que en aquel entonces operaban al margen de la supervisión del Estado. Esto aconteció más o menos hasta finales de los años 50. Cuatro décadas más tardes, el cambio está ahí. Evidentemente, se debe también tener en cuenta que si ha habido modificaciones en la educación se debe ante todo a los criterios jurídicos ya apuntados. Disponiendo de una Oficina Regional de Educación, cosa impensada unos años atrás, disponiendo de

suficientes fondos económicos, los autóctonos estudian primaria, secundaria y acuden a cualquiera de universidades de la zona meridional o a alguna de los Estados Unidos. La calidad de vida se refleja también en la sanidad, en la indumentaria y en la dieta alimenticia. Nada de esto pudo ser pensado por la generación precedente. Por eso, la generación actual de adultos siente un legítimo orgullo cuando ven a sus hijos graduarse en universidades prestigiosas o conseguir puestos de trabajo en igualdad de condiciones con los miembros de la sociedad dominante.

NOTAS

1. Este ensayo forma parte de un proyecto de investigación mucho más amplio que lleva por título ***Culture and Social Change among Dènè, Inuit and Metis of Northwest Territories (Canada)***. La financiación del mismo corre a cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Canadá. Expediente N° D-515-I-1999. El investigador principal es Carlos Junquera Rubio. ([volver](#))
2. Etnólogo. Universidad Complutense. Departamento de Prehistoria y Etnología. ([volver](#))
3. Antropólogo Social. Universidad Complutense. Departamento de Antropología Social. ([volver](#))

BIBLIOGRAFÍA:

- Balikci, A.1982. "Los Neksilik", en A. Balikci y otros, **Pueblos de la Tierra. Razas, ritos y costumbres**. BARCELONA, Edt. Salvat, vol. 7. pp. 38-51.
- Bartlett, R.1984. "Aboriginal Land Claims at Common Law", en **CANADIAN NATIVE LAW REPORTER**, vol. 1, pp. 1-63.
- Bélanger, R. 1980. **Los Vascos en el estuario del San Lorenzo (1535-1635)**. SAN SEBASTIAN. Edt. Txertoa.
- Berger, Th. R.,1977. **Northern Frontier, Northern Homeland (the report of the Mackenzie Valley Pipeline Inquiry)**. OTTAWA.
- Birket-Smith, K.1980. **Los esquimales**. BARCELONA. Edt. Labor.
- Blondin, G.1990. **When the World Was New: Stories of the Sahtu Dene**. YELLOWKNIFE. Edt. Outcrop and The Northern Publishers.
- Boas, F. 1920. "The Methods of Ethnology", en **AMERICAN ANTHROPOLOGIST**, vol. 22, pp. 311-322.
- Briggs, J. 1985. "Socialization, family conflicts and responses to culture change among Canadian Inuit", en **ARCTIC MEDICAL RESEARCH**, vol. 40, pp. 40-52.
- Damas, D. 1989. "*Nomads of the North*", en Jules B. Billard (Editor), **The World of the American Indian**. WASHINGTON, Edt. National Geographic Society. pp. 71-100

Delâge, D. 1985. **Le Pays renversé. Amerindiens et Européens en Amérique du Nord-Est, 1600-1664.** MONTREAL. Edt. Boreal Express.

DÈNÈ NATION 1984. **Denendeh. A Dènè Celebration.** YELLOWKNIFE. Edt. Denendeh.

DEPARTMENT OF INDIAN AFFAIRS AND NORTHERN DEVELOPMENT (DIAND) 1981. **In All Fairness: A Native Claims Policy.** OTTAWA.

Duchaussois, P. 1931. **En los hielos polares.** BILBAO. Edt. Escuelas Gráficas de la Santa Casa de Misericordia.

Ewers, J. C. 1989. "*Horsemen of the Plains*", en, Jules B. Billard (Editor), **The World of the American Indian.** WASHINGTON. Edt. National Geographic Society, pp. 255-310.

Geertz, C. 1957. "Ritual and Social Change", en **AMERICAN ANTHROPOLOGY**, vol. 59, pp. 32-54.

Gordon, B. 1996. **People of Sunlight; People of Starlight: Barrenland Archaeology in the Northwest Territories of Canada.** HULL, Edt. Canadian Museum of Civilization.

1998-1999. "Archéologie des Dènès dans l'aire de distribution du caribou de Beverly dans le Nord canadien", en **RECHERCHES AMÉRINDIENNES AU QUÉBEC**, vol. XXVIII, pp. 93-108.

Harris, M. 1968. **The Rise of Anthropological Theory.** NEW YORK. Edt. Thomas Y. Crowell.

- 1971. **Culture, Man and Nature: An Introduction to General Anthropology.** NEW YORK. Edt. Random House.

Harrison, J.D. 1985. **Métis, People Between Two Worlds.** VANCOUVER, Edt. Glenbow-Alberta Institute.

Hawkings, T. 1994. **The Canol Heritage Trail.** NORMAN WELLS. Edt. Northwest Territories.

Helm, J. 1981. "Introduction" en **HANDBOOK OF NORTH AMERICAN INDIANS**, vol. 6, pp. 1-40.

Henderson, W. 1981. **Canada's Indian Reserves, Legislative Powers.** OTTAWA.

INDIAN AND NORTHERN AFFAIRS CANADA (INAC) 1995. **Highlights of Aboriginal Conditions 1986, 1991. Demographic, Social and Economic Characteristics.** OTTAWA. Edt. INAC.

1998. Annual Report. 1997/1998. The Implementation Committee. Sahtu Dènè and Metis Comprehensive Land Claim Agreement. OTTAWA. Edt. INAC.

Jacobs, W.R. 1973. **El expolio del indio norteamericano.** MADRID. Alianza Editorial.

Jennes, D. 1952 [1993]. **The Indians of Canada**. TORONTO. Edt. University of Toronto Press..

Junquera, C. 1988. "Humanismo, antropología, método y política según Batolomé de las Casas", en **COMMUNIO**, vol. XXI, pp. 191-205.

- , 1992. "Canadian Public Opinion Vis-a-Vis the Autochthonous Populations of the Mackenzie River, 1960-1990", en **EUROPEAN REVIEW OF NATIVE AMERICAN STUDIES**, vol. 6 (2), pp. 35-38.

- , 1994. "Los Mohawks y la opinión pública canadiense ante los acontecimientos del verano de 1990", en **REVISTA ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA**, vol. 24, pp. 231-251.

- , 1995. ""Una aproximación a los criterios que permiten evaluar la asociación de pueblos y el reconocimiento de los derechos políticos en los Territorios del Noroeste del Canadá", en **REVISTA ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA**, vol. 25, pp. 135-151.

Lee, R.B. e I. Devore, **Man, the Hunter**. NEW YORK. Edt. Aldine.

Lester, G.S. 1981. **The Territorial Rights of the Inuit of the Canadian Northwest Territories: A Legal Argument**. TORONTO-NEW YORK. Edt. McClelland and Stewart.

Little Bear, L. 1998. "Aboriginal Relationships to the Land and Resources", en Jill Oakes y otros, **Sacred Lands. Aboriginal World Views, Claims, and Conflicts**. EDMONTON, Canadian Circumpolar Institute Press, pp.15-20.

Mackenzie, A. 1801. **Voyages from Montreal on the River St. Laurence, Through the Continent of North America, to the Frozen and Pacific Oceans; in the Years 1789 and 1793**. LONDON. Edt. T. Cadell and W. Davis.

Nooter, G. 1980. "Changes in social habits caused by new elements in material culture", en Ludger Müller-Wille y otros, **Consequences of Economic Change in Circumpolar Regions**. EDMONTON, Edt. Boreal Institute for Northern Studies, pp.37-42

NORTHWEST TERRITORIES OF CANADA (NTC) 1999. **Sahtu. A Naturalist's Guide to the Mackenzie Valley**. NORMAN WELLS, Edt. Sahtu Tourism Association.

Osgood, C. 1936. **Contributions to the Ethnography of the Kutchin**. NEW HAVEN. Edt. Yale University Publications in Anthropology 14.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) 1999. **Informe sobre desarrollo humano 1998**. MADRID. Edt. Mundi-Prensa.

Tatti, F. y Ph. G. Howard 1998. **SAHTÚ GOT'INE GOKEDÉE. A Slavey Language Pre-Primer In the Speech of Fort Franklin**. YELLOWKNIFE, Edt. Department of Education Northwest Territories.

Thompson, J. 1994 [1946]. **From the Land. Two Hundred Years of Dènè Clothingg**. HULL, Edt. Canadian Museum of Civilization.

Turner, D. 1998. "From Valladolid to Ottawa: The Illusion of Listening to Aboriginal People", en Jill Oakes y otros, **Sacred Lands. Aboriginal World Views, Claims, and Conflicts**. EDMONTON, Canadian Circumpolar Institute Press, pp. 53-67.